

## Memorias

### 12° Encuentro Nacional de Promotores de Lectura: Las formas de la lectura.

Medellín: Parque Biblioteca Belén,  
25 y 26 de octubre de 2018.



---

Medellín, 24 y 25 de octubre de 2019  
Parque Biblioteca Belén, carrera 76 # 18A-19

CONVENIO: **Comfenalco**  
Antioquia

**bpp** BIBLIOTECA  
PÚBLICA  
PILOTO

  
Alcaldía de Medellín  
Cuenta con vos



**Memorias 12º Encuentro Nacional de Promotores de Lectura:  
Las formas de la lectura.**

Comfenalco Antioquia / Alcaldía de Medellín.  
Medellín, Colombia.  
Octubre de 2019.

Gustavo Alberto Trujillo Aramburo  
Gerente Servicios Sociales - Comfenalco Antioquia.

Leidy Johana Galvis Mejía  
Jefe Encargada Departamento de Bibliotecas - Comfenalco Antioquia.

Andrés Felipe Ávila Roldán  
Coordinador del Área de Fomento de la Lectura - Comfenalco Antioquia.

Santiago Silva Jaramillo  
Secretario de Cultura Ciudadana - Municipio de Medellín.

Leidy Johana Lezcano Jiménez  
Subsecretaria de Lectura, Bibliotecas y Patrimonio - Municipio de Medellín.

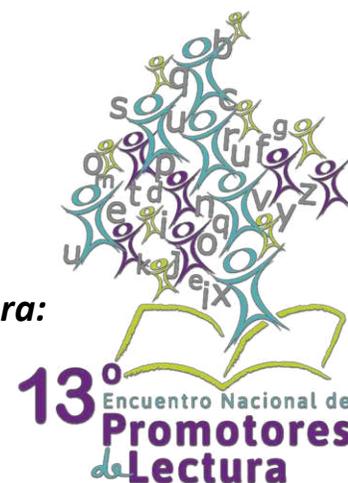
Herman Ferney Montoya Gil  
Coordinador del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad - Municipio de Medellín.

**Memorias 12º Encuentro Nacional de Promotores de Lectura: Las formas de la lectura.  
Medellín: Comfenalco Antioquia, 2019, 53 pp.**

**Compilación, edición y corrección de textos:  
César Augusto Bermúdez Torres y Joan Andrés Guzmán.**

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización de los editores.

**Memorias 12° Encuentro Nacional de Promotores de Lectura:  
Las formas de la lectura.  
(Medellín, 25 y 26 de octubre de 2018)**



## **Contenido**

<b>Presentación.....</b>	<b>4</b>
<b>Ponencia inaugural: “La literatura y el arte, para componer paisajes habitables” .....</b>	<b>6</b>
<b>Relatorías: “Los talleres literarios: un camino hacia la escritura” .....</b>	<b>29</b>
<b>“El oficio de escribir” .....</b>	<b>34</b>
<b>“Gestión de iniciativas en promoción de la lectura” .....</b>	<b>37</b>
<b>“Otras lecturas: el cuerpo como territorio y diversidad” .....</b>	<b>41</b>
<b>“Bibliotecarios para la paz” .....</b>	<b>46</b>



## Presentación

Año tras año, el mes de octubre es esperado con mucha expectativa en la ciudad de Medellín, e incluso en el país, por todas aquellas instituciones y personas que trabajan y promueven la lectura. ¡Es que con la llegada de dicho mes arriba el Encuentro Nacional de Promotores de Lectura...!

La oportunidad de encontrar experiencias de trabajo que se constituyen en referentes para el ejercicio de promover la lectura en espacios rurales y urbanos, incrementa el ánimo y el deseo de ser partícipes de este espacio de intercambio académico que viene creciendo y consolidándose en aras de brindar una experiencia memorable para seguir construyendo una ciudad, un departamento y un país lector.

El **“Encuentro Nacional de Promotores de Lectura”** reúne a distintos mediadores, promotores, gestores, docentes e interesados en el campo de la animación y la promoción de la Lectura, procedentes de distintos lugares de Colombia. En las siguientes páginas se presentan las Memorias del Encuentro realizado el 25 y 26 de octubre de 2018, las cuales les invitamos a leer, revisar y disfrutar. Son documentos que abordan los cinco ejes temáticos desarrollados durante este evento académico nacional: 1) Los talleres literarios: un camino hacia la escritura; 2) El oficio de escribir; 3) La gestión de iniciativas en promoción de la lectura; 4) Otras lecturas: el cuerpo como territorio y diversidad; y 5) Bibliotecarios para la paz.



La ponencia de la antropóloga francesa Michèle Petit titulada “La literatura y el arte, para componer paisajes habitables”, abre la presente compilación. Seguidamente, en las relatorías realizadas por Santiago Ospina Restrepo, Julieth Taborda Oquendo, Bibiana Álvarez Ruiz, Joan Andrés Guzmán, César Augusto Bermúdez Torres, Luis Carlos Velásquez Correa y Julián Pérez Quintero (promotores de Lectura del Departamento de Bibliotecas de Comfenalco Antioquia), se comparte la esencia de lo que se abordó en cada núcleo temático y de las discusiones desarrolladas durante estos dos días de encuentro alrededor de la animación y la promoción de la lectura.

**¡Deseamos volvernos a encontrar en el año 2019 para continuar tejiendo y promoviendo la palabra hablada y escrita!**

## “La literatura y el arte, para componer paisajes habitables”

Jueves, 25 de octubre de 2018.



**Michèle Petit\***

¡Buenos días...! Ante todo, quiero demostrar mi gratitud a aquellos a quienes debo el estar aquí. Agradezco, por supuesto, a Comfenalco Antioquia y a la Alcaldía de Medellín. Agradezco de todo corazón a Luis Bernardo Yepes, de quien admiro su trabajo desde hace mucho tiempo. Agradezco a Felipe Ávila, por organizar nuestra participación, al igual que a todos sus compañeros. Agradezco a Irene Vasco, por traducir buena parte de esta conferencia. Agradezco, finalmente, a todos ustedes por estar aquí. Les agradezco, pues siempre es una gran alegría y una gran emoción regresar a Colombia, donde viví dos años inolvidables durante mi adolescencia, ¡hace ya algunos siglos...! Y es apasionante descubrir hoy a Medellín acompañada de ustedes.

Algunos conocen mi trabajo, pero diré unas palabras para presentarme ante los demás. Dedicué más de veinticinco años, como antropóloga, a estudiar las prácticas de lectura y la relación con la cultura escrita, particularmente en lugares donde el acceso a esta cultura escrita no se facilita por el contexto social o familiar. Primero, coordiné investigaciones en Francia, en diferentes regiones rurales y en barrios populares, donde mis colegas y yo habíamos tenido numerosas conversaciones con los jóvenes que, en su mayoría, eran niños en el exilio. Como ellos evocaban con frecuencia, de manera espontánea y detallada, los caminos por los cuales unos textos leídos les habían ayudado a descubrirse o a construirse –incluso si sólo leían de tarde en tarde–, me esforcé en profundizar en el análisis de estas dimensiones.

---

\* Antropóloga, Ingeniera de investigaciones honoraria del Centro Nacional para la Investigación Científica (CNRS), París, Francia. © by Michèle Petit 2018. Esta conferencia recupera algunas frases de ponencias anteriores.  
Medellín, 24 y 25 de octubre de 2019  
Parque Biblioteca Belén, carrera 76 # 18A-19

CONVENIO:



Después, tuve la suerte de que mis estudios fueran muy bien acogidos en otros países, particularmente en los de América Latina, a donde me invitaron a hablar en múltiples ocasiones. Cada vez que intervenía públicamente, unas personas se acercaban al final para contarme lo que ellas hacían. Empecé a descubrir que en todo este continente, y especialmente en Colombia y Argentina, existían sorprendentes experiencias literarias compartidas, que reunían a personas que, sin embargo, habían vivido muy alejadas de la cultura escrita.



Investigué algunos de estos lugares de “educación informal”, de estos talleres en los que la lectura de obras literarias y el arte jugaban un papel clave. Estaban diseñados para víctimas de catástrofes, poblaciones desplazadas, jóvenes desvinculados de las filas de la guerrilla o de los grupos paramilitares, drogadictos que vivían en las calles, niños víctimas de violencia intrafamiliar, mujeres con sus bebés en situación de gran pobreza, adolescentes detenidos, etcétera.

En los últimos años, más allá de estos contextos críticos, estudié lo que está en juego con la transmisión cultural.

Hoy propongo que hablemos sobre una dimensión que, con el paso del tiempo, me parece que gana mucho en importancia: la forma como la literatura, oral o escrita, y el arte, bajo todas sus expresiones, ayudan a componer y a recomponer unos paisajes habitables. En efecto, si atiendo a tantos a quienes he escuchado a lo largo de los años, lo que se encuentra en la literatura, y en el contacto con las obras de arte, desde la infancia, quizá sea ante todo una posibilidad de armonizarnos, en el sentido musical del término, con lo que nos rodea. Cuando digo “lo que nos rodea”, es algo que va más allá de la familia, de los allegados o incluso de la sociedad. También se refiere al mundo, al cielo con sus astros, al océano, al monte, la selva, la ciudad, los animales. Lo que se encuentra, es una cierta armonía momentánea con todo esto, un sentimiento de pertenencia, una sensación de habitar, de encontrarse en su lugar.

Lo que uno siente de vez en cuando, al escuchar o leer textos literarios, es también cierta armonía con el mundo interior, consigo mismo. Ello amerita nuestra completa atención en una época en la que tantos jóvenes se sienten disonantes, desencajados, incluso extraños al mundo.

Pues, si este sentimiento nace de su exclusión social, también puede suceder que, para algunos de ellos, sea a causa de una falta de transmisión cultural y a la ausencia de una lengua dotada de calidad literaria que permita que el mundo sea más habitable.



Dicho de esta manera, es evidentemente muy abstracto. Pero no se inquieten: voy a explicarlo y a ilustrarlo.

**Para quienes han vivido lo peor, una posibilidad de acomodarse en el mundo puede ser ofrecida.**

Para entrar directamente en materia, quisiera retomar y comentar algo de una historia que mencioné en mi libro *El arte de la lectura en tiempos de crisis*<sup>1</sup>. Aquella de “los niños con la mirada de piedra”, narrada por Mira Rothenberg.

Esta es la historia:

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, en Estados Unidos, una joven mujer, Mira Rothenberg, tuvo que dictar clases a treinta y dos niños judíos originarios de Europa Central que tenían entre once y trece años de edad. Algunos habían sido abandonados por sus padres para darles la oportunidad de escapar de los nazis. Otros habían nacido en campos de concentración. Todos ellos habían construido fortalezas para protegerse de los horrores vividos.

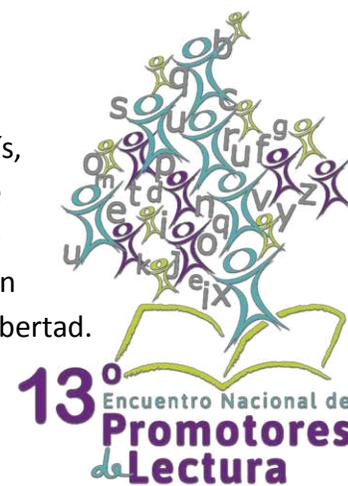
Rothenberg había vivido experiencias cercanas y entendía diversas lenguas de Europa del Este. Por esas razones, la llamaron. Al encontrarse con los jóvenes, ellos buscaban, por encima de todo, sobre quién y sobre qué dirigir su rabia. No lloraban, pero estaban deformados por el odio, según cuenta ella, y sus rostros se habían convertido en máscaras. Desollados vivos, violentos, aterrorizados, no confiaban en nadie y repetían, en una lengua o en otra, que querían regresar a casa, reencontrar su tierra de origen, que se negaban a ser arrancados y a aprender una lengua que no fuera la de ellos.

Hasta que un día, Mira Rothenberg, aprovechando un respiro entre sus ataques de odio, les habló de los indios de América:

---

<sup>1</sup> Michèle Petit, *El arte de la lectura en tiempos de crisis*. Barcelona: Océano Travesía, 2009.  
Medellín, 24 y 25 de octubre de 2019  
Parque Biblioteca Belén, carrera 76 # 18A-19

Les conté sobre cómo esos hombres, que habían sido dueños del país, terminaron viviendo como refugiados en su propio territorio del que habían sido desposeídos. Encontré un libro de poemas de indios que hablaban de la tierra que amaban, de los animales con los que habían vivido, de su fuerza, de su amor, de su odio y de su orgullo. Y de su libertad. Los niños reaccionaron. Algo se había movido en ellos. Los indios debían experimentar por América lo que ellos mismos sentían por su país de origen.



[...] Quitamos los muebles de en medio del salón. Instalamos carpas y pintamos un río sobre el suelo. Construimos unas canoas, unos animales de tamaño natural en papel *maché*. [...] Los niños comenzaron lentamente a liberarse de sus caparazones. Vivíamos en los tipis, comíamos dentro de ellos. No querían regresar a sus casas<sup>2</sup>.

El director le da carta blanca y la defiende contra una autoridad de paso que juzga que ese no es un trabajo serio, que “no es enseñanza”. Cada día ella les habla a los niños sobre los indios, les narra historias “en las que reinaba la violencia, el miedo y el respeto por la naturaleza”, pues “los indios son seres que se comunican muy estrechamente con la naturaleza, sus cascadas, sus rocas y sus fieras”<sup>3</sup>. Los niños beben literalmente sus palabras como si tuvieran sed de un más allá de sus propias historias para recuperar una posibilidad de desear, de soñar.

Esta experiencia demostraba que, aun a aquellos gravemente traumatizados, una metáfora poética podía ofrecerles un eco de lo vivido sin poder ser nombrado, reanimando una actividad síquica detenida en imágenes terribles: una metáfora podía volver a irradiar pensamientos, sentir de nuevo, poco a poco, una fuerza y un orgullo, un deseo de vivir, una vitalidad. A estos niños que habían vivido lo peor y perdido a aquellos que los cuidaban, así como los lugares donde habían crecido, la posibilidad de vincularse con el mundo y con ellos mismos había sido dada. Y es que el poema indio les ofrecía también una tierra, ríos, animales, todo un universo natural donde el cuerpo y la síquis podían desplegarse. Ante todo, los niños habían compuesto a su alrededor, en el salón de clase, un paisaje imaginario. Un paisaje donde se convirtieron, para empezar, en bestias feroces, tigres, leones, lobos. Luego, en animales más dulces, caballos, ciervos, bueyes. En fin, al cabo del tiempo, de un tiempo lento, pudieron convertirse en

---

<sup>2</sup> Mira Rothenberg. *Des enfants au regard de Pierre*. París, Seuil, 1979, p. 15.

<sup>3</sup> Pierre Péju. *La Petite fille dans la forêt des contes*. París, Robert Laffont, 1981, p. 192.



humanos, en "verdaderos indios". Algún día montaron una obra en la que hablaron "con infinita poesía de los indios en los que se convirtieron", dice Rothenberg.

Podemos precisar que este largo trayecto tuvo resonancias útiles para los aprendizajes: les permitió leer otros poemas, escribir, estudiar historia y cultura de un pueblo y compararla con las de los países donde ellos habían crecido. Visitar un parque para seguir pistas indígenas, pasear por cuevas y aprender geografía para precisar sus posiciones, matemáticas para evaluar las distancias. Así, poco a poco, se fueron adaptando al país donde debían vivir en adelante. Pero, para ello, previamente, tuvieron que elaborar paisajes imaginarios para desprenderse de la crueldad de lo real en la que estaban enjaulados y poder desplegarse. Aprender, o reaprender, a soñar.

He pensado en Mira Rothenberg con frecuencia, pues ella sintió lo esencial: tuvo la intuición, el golpe de genialidad, de ofrecer esos poemas y esos relatos. También comprendió la importancia de este espacio figurado, representado, con sus tipis, su río, sus animales, que un día se prolongó al espacio real de la ciudad donde se habían aventurado, siguiendo el hilo de los indios y de sus antiguas pistas.

## Los textos literarios, un espacio para habitar

Lo que se encuentra en la literatura de manera vital, quizá sea ante todo un espacio, aún más para aquellos que no disponen de ningún lugar, de ningún territorio personal, de ningún margen de maniobra. Al menos tanto como un universo dotado de significados, la literatura, oral y escrita, y el arte, de una manera un poco diferente, son un espacio para habitar. Un espacio que permite regresar al mundo que llamamos real, sintiéndonos un poco menos perdidos. Y es ésta una dimensión que llama la atención hoy, donde "las guerras y la persecución han generado una cantidad de personas desarraigadas, sin precedentes, y nunca antes registrada" como lo mencionan los autores de un informe de la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados<sup>4</sup>. Ustedes lo saben mejor que yo, pues Colombia cuenta con más de siete millones de desplazados.

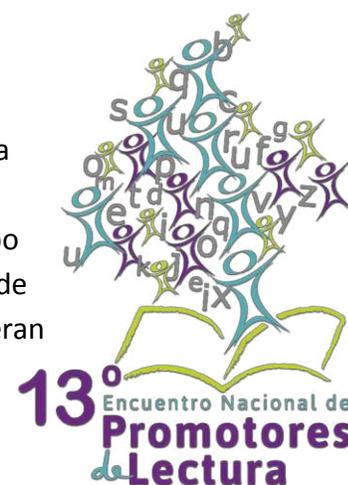
<sup>4</sup> «Des déplacements de populations sans précédent à travers le monde» (Desplazamientos de personas sin precedentes a través del mundo), UNHCR (ACNUR), 20/6/2016.

<http://www.unhcr.org/fr/news/stories/2016/6/57641727a/deplacements-populations-precident-travers-monde.html> y <http://www.unhcr.org/576408cd7> «Global Trends: Forced Displacement in 2015»

(Tendencias globales: El desplazamiento forzado en 2015)



Por mi lado, fue escuchando a los jóvenes de los barrios de Francia cuando entendí la importancia de esta dimensión. Si bien ellos no habían vivido dramas extremos como los niños judíos refugiados de los que acabo de hablar, muchos experimentaban un sentimiento de exclusión a causa de la xenofobia de la que eran objeto y de las pocas oportunidades que les eran dadas. Más aún, posiblemente, sufrían por sentirse encerrados, relegados a barrios estigmatizados. Era como si el mundo exterior les fuera negado.



Un joven escritor que creció en una familia obrera en el norte de Francia, Edouard Louis, dice que la violencia primaria es la “violencia del encierro, la violencia de la geografía”. La violencia primaria, según dice, “no hace más que abolir el exterior, condenar a existir al interior de los límites”<sup>5</sup>.

No obstante, “es solo cuando uno tiene acceso a un exterior que uno se puede sentir en casa”, como lo escribe Jean-Christophe Bailly<sup>6</sup>. Lo que los jóvenes con quienes hablé hallaron en los libros, en especial en las obras literarias, fue ante todo un otro espacio, más allá.

¿Qué decían? Algunos comparaban estos objetos con refugios. Por ejemplo, decían: “Los libros eran mi casa, mi hogar, siempre estaban allí para acogerme”. Los escritores, de quienes yo leía memorias, anotaban con frecuencia elementos cercanos, tal como Jeannette Winterson, a quien sus padres habían dejado en la calle durante su adolescencia: “Para mí los libros son un hogar. [...] Me siento con un libro y ya no me da frío. Lo sé desde las noches heladas que pasé afuera”<sup>7</sup>. O Jean-Marc Besse: “Los libros me permiten constituir una especie de hogar allí donde me encuentro. Son como las hogueras que empujan la noche hacia el bosque”<sup>8</sup>.

Es así como tomé rápidamente particular conciencia del rol que la lectura de textos literarios podía tener entre los exiliados que habían perdido sus casas y los paisajes donde habían crecido; para los que, además, eran víctimas de xenofobia abierta o enmascarada. Las obras literarias podían ser hogares prestados —y es lo que muchos facilitadores de libros intuyen cuando proponen poesía, mitos o cuentos a los niños, los adolescentes y los adultos desplazados—, o cuyo marco de la vida ha sido destruido o alterado. Recuerdo a Consuelo Marín y a sus colegas bibliotecarios de la Comuna 13, aquí mismo, en Medellín, que desarrollaron un programa titulado “*El refugio de los cuentos*”, cuando parte de la población fue expulsada a causa de los combates entre los grupos

<sup>5</sup> Edouard Louis, *Histoire de la violence*. París, Seuil, 2016, p. 149.

<sup>6</sup> «Athènes par ses fenêtres», in: Ianna Andreadis, *Fenêtres sur Athènes*, Atenas, AGRA, 2016, p. 10.

<sup>7</sup> Jeannette Winterson, *Pourquoi être heureux quand on peut être normal?* París, Ed. de l'Olivier, 2012, p. 79.

<sup>8</sup> Jean-Marc Besse, *Habiter*. París: Flammarion, 2013, p. 172.



armados<sup>9</sup>.

Sin embargo, las obras literarias no constituyen únicamente refugios, algo que ya sería mucho en el mundo tan brutal en el que vivimos. Notemos que no es con una fortaleza, un bunker, o una casa de piedras o ladrillos, con lo que estos jóvenes o estos escritores comparan la lectura. A veces es con un nido o, de manera recurrente, con una cabaña: "Leía, era como si estuviera en una cabaña en un árbol". No importa que sea construida en tablas, ramas o paja, la cabaña permite la entrada de cantos, gritos y perfumes del bosque, respira. Es un espacio íntimo donde se percibe lo remoto y se sugiere un más allá. La lectura es para ellos un refugio que protege y al mismo tiempo da lugar a ese exterior del que se sienten tan a menudo privados. "La literatura habría sido mi habitación propia, mi refugio [...], donde los muros de papel se abrían sobre el mundo", dice Gérard Macé<sup>10</sup>.

Otros comparan los libros a un espacio más grande que una habitación, una casa o una cabaña. Dicen, por ejemplo: "los libros son una tierra para asilarse", o "la lectura es mi país", o también "era todo un paisaje que se abría, que prolongaba considerablemente el lugar donde yo vivía". A propósito, quisiera invitarlos a mirar un pequeño gif que circuló en las redes sociales y que me parece que ilustra lo que es percibido por numerosos lectores. Veamos:

<https://giphy.com/gifs/l2QZXlfx5GRmBftlu/fullscreen>

(Representa a un personaje que avanza, sin nada a su alrededor y que encuentra un libro en el suelo. Lo recoge, observa si hay alguien que lo busque, luego se sienta y comienza a leer. Rápidamente todo un paisaje multicolor, amistoso, se dibuja y se eleva a su alrededor).

Leer, o escuchar leer, más aún si se trata de textos escritos en una lengua dotada de calidad literaria, estética, permite que surjan alrededor de uno paisajes imaginarios, sin que tengamos la conciencia. No es tanto que uno los "vea", que uno se los represente en el sentido visual del término. Es, más bien, que uno siente la presencia. Y entonces uno tiene la sensación de estar en su sitio, de encontrar un lugar —sensación momentánea, pero que suscita un bienestar muy particular, que se inscribe en el cuerpo y en el espíritu, dejando huellas—.

"El alma es una insaciable depredadora de paisajes, que nutren el inconsciente", escribe Claude Burgelin<sup>11</sup>. No hay más que ver cómo los niños pequeños dibujan no



<sup>9</sup> Consuelo Marín, «Biblioteca pública, bitácora de vida», 2003. URL: <http://www.anabad.org/archivo/docdow.php?id=39>

<sup>10</sup> Gérard Macé, *Pensées simples III. Des livres mouillés par la mer*. París: Gallimard, 2016, p. 88.

<sup>11</sup> Claude Burgelin, «L'autobiographie: une conquête spatiale», in: *Villa Gillet*, 5, 1996, p. 53.



solamente casas, sino árboles, un jardín, animales, un camino, nubes, el sol. Como si tuvieran una necesidad síquica de componer un paisaje, un espacio donde los elementos formen un todo.

Es, precisamente, algo que la literatura (y el arte, la pintura y la ilustración en particular) nos ofrecen con abundancia. La literatura, oral o escrita, instauro, propone, prodiga, tierras, países, paisajes, tal como el poema indio hizo con los niños judíos de los que ya hablé, incitándolos a componer una geografía en la que pudieran perfilar sus propios caminos. En este sentido, la literatura nos hace crecer, no en el sentido moral, sino porque nuestro espacio interior encuentra cómo desplegarse, cómo tomar forma o reconfigurarse.

Escribir, además, quizá sea ante todo componer un paisaje. Eso piensan algunos escritores como Lawrence Durrell, quien decía: "Todo lo que sale de mí es un paisaje"<sup>12</sup>. O Maylis de Kerangal: "Yo me digo a veces que escribir es instaurar un paisaje"<sup>13</sup>. Ella dice también que en el origen de una novela, siempre hay el deseo de espacios o la búsqueda de un espacio perdido que quien escribe busca reconstruir.

Hoy, en este país, pienso por ejemplo en García Márquez en su exilio a Bogotá cuando era joven, luego de su larga y bella travesía por el Magdalena. Decía: "Por lo único que quisiera volver a ser niño es para gozar de aquel viaje" al valle que lo envolvió y del que se tuvo que desprender para llegar a la capital, donde se durmió llorando en sábanas heladas. Esas riberas del río —tal y como eran antes de que las aguas se contaminaran y los animales desaparecieran—, las visitará de nuevo y las transfigurará en algunos de sus más bellos libros, compartiéndolas con nosotros.

Para numerosos lectores que me he encontrado o de quienes he leído sus memorias, los paisajes creados a partir de libros leídos u ojeados, permitieron que sus vidas síquicas se desplegaran. Ellos abrieron un pasaje hacia el mundo interior, que también había comenzado a obtener una forma habitable. Lo que estaba en juego al leer durante la infancia (y más adelante), a juzgar por sus relatos y las asociaciones que les llegaban espontáneamente al espíritu, era tal vez, ante todo, esta entrada a un espacio que "es también sí mismo", como algunos mencionaron. Un espacio lejano, otro, y al mismo tiempo el corazón de sí mismo. Todo pasa como si el descubrimiento a través de la lectura de paisajes imaginarios, de un más allá en ruptura con el cuadro habitual, despertara la interioridad, permitiera la construcción de un habitáculo para sí, para retornar en seguida al mundo real, trazando un camino personal.

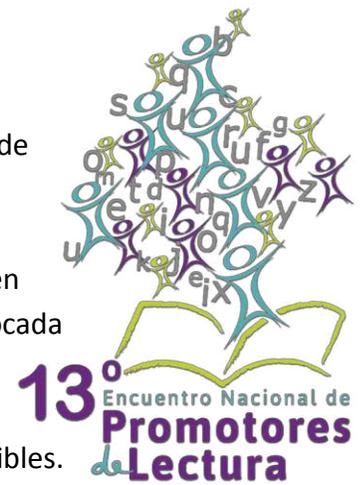
Leer o escuchar leer, particularmente si se trata de literatura, permite crear esos otros espacios esenciales a la expansión de sí mismo, sobre todo para aquellos que no



<sup>12</sup>Béatrice Commengé, *Une vie de paysages*. Lagrasse: Verdier, 2016, p. 45.

<sup>13</sup>Maylis de Kerangal, *A ce stade de la nuit*. París: Verticales, 2014, p. 56.  
Medellín, 24 y 25 de octubre de 2019  
Parque Biblioteca Belén, carrera 76 # 18A-19

disponen de un territorio personal, íntimo. Leer, permite la composición de paisajes que nos protegen y donde encontramos un lugar. En contextos violentos, un margen de maniobra se abre entonces, como para aquellos jóvenes acompañados por Mira Rothenberg. Y entre todo lo que describen los lectores cuando evocan esa salida fuera de la realidad ordinaria provocada por un texto, no es tanto una huida, como se dice a menudo, cuanto un brinco, un salto, un vuelo hacia otra dimensión donde la fantasía, el pensamiento, el recuerdo, la imaginación de un futuro, vuelven a ser posibles.



### **La literatura y el arte, componentes esenciales del arte de habitar**

Esta capacidad que tienen las obras literarias de volver al mundo más habitable, la he encontrado bajo una forma algo distinta al estudiar los talleres donde la literatura y el arte juegan un papel clave en contextos críticos, particularmente en América Latina. En efecto, me ha sorprendido la cantidad de personas que animan estos talleres y que “trabajan” la relación con los lugares donde se encuentran. A propósito de estos lugares, con frecuencia los jóvenes dicen: “Aquí no hay nada”, o “no hay nada para nosotros”. He escuchado muchas veces lo mismo en los barrios de la periferia urbana en Francia. Allá, al igual que aquí, con frecuencia los niños, los adolescentes, no están ligados a su entorno, no se sienten involucrados. Aún más, no están atados a los espacios exteriores de los barrios donde viven. Parece como si estuvieran separados por fronteras invisibles. Ya lo dije, es como si el afuera no estuviera permitido.

Quienes animan los talleres lo sienten. Entonces, con ayuda de mitos, poemas, álbumes, ilustraciones, estos mediadores abren los lugares reales sobre un más allá de leyenda, historia, geografía. A veces, alternan las actividades de lectura con paseos durante los cuales se cuentan historias o se recitan poemas. También invitan a explorar otros espacios fuera de los acostumbrados por estos jóvenes. A pesar de que no siempre los pueden llevar fuera, les presentan la ciudad, la montaña, el río, el cielo, de manera poética, con ayuda de textos e imágenes. E intentan despertar la curiosidad, con el objeto de que abran los ojos sobre lo que antes no veían.

Un ejemplo es el de una ciudad de la Patagonia, donde la tasa de suicidios de jóvenes era la más elevada de la Argentina. Un lugar hostil, donde solo había borrascas de viento, puentes de petróleo y personas con frecuencia salidas de comunidades indígenas que atravesaron miles de kilómetros para encontrar un empleo, que luego perdieron. Los mediadores culturales concibieron un taller del viento “para mirar su

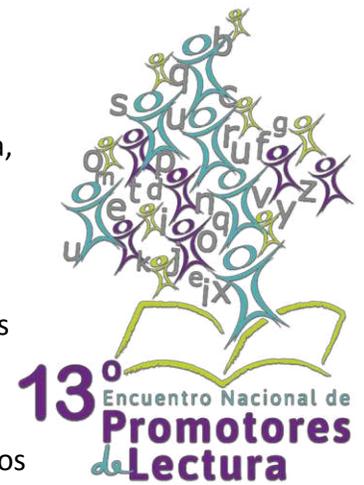
propio lugar con el sentimiento de extrañeza que puede aportar la poesía, para ser sorprendido y descubrir matices insospechados en la vida cotidiana”<sup>14</sup>. A partir de lecturas a viva voz de un poema de la tradición oral *aymará*, cada joven escogía uno o dos versos, para luego elaborarlos largamente, trabajarlos, creando sus propios poemas del viento. Hasta las borrascas tomaban poco a poco otro sentido.

Es así como llegué a pensar que la literatura oral o escrita, y también las prácticas artísticas a las que estas suelen estar asociadas en los talleres, son componentes esenciales del arte de habitar. El arquitecto Henri Gaudin dice que habitar consiste en “familiarizarnos con el exterior, albergarnos ciertamente, pero cruzar pisos, muros, vigas y tabiques, poner muy cerca unos de los otros casas, árboles, tejer todo tipo de cosas alrededor de nosotros para hacernos amigos de ellas [...]. Habitar es eso, disponer cosas a nuestro alrededor. Absorber la distancia respecto a la extrañeza de lo que es exterior a nosotros. Tratar de salir de la angustia mental que provoca la incomprendibilidad inherente a lo que está fuera de nosotros”<sup>15</sup>. Domesticar el exterior, para sentirnos menos perdidos.

Habitar va entonces más allá de la casa que, para Gaudin, es una nota del acorde que nuestras vidas quieren entonar<sup>16</sup>. Me parece que ciertos paisajes, algunas partes del espacio percibidas como un todo, son también notas de este acorde. Pues al verlos o al sentirlos, experimentamos una complicidad, un bienestar particular al encontrarnos allí donde estamos. Y su memoria nos tranquiliza, nos acompaña sin que ni siquiera nos demos cuenta<sup>17</sup>.

No obstante, para que un espacio se convierta en paisaje habitable, debe resonar de una forma particular, gracias a una dimensión estética y simbólica. La literatura, oral o escrita, transforma los lugares materiales, dotándolos de profundidad, de poesía, de musicalidad. Nos hace ver de otra manera lo cercano, revelando aspectos insospechados, secretos.

Para que el espacio sea habitable, debe contar historias. Michel de Certeau decía que, privado de relatos, “el grupo o el individuo sufren regresiones a experiencias inquietantes, fatalistas, de una totalidad informe, indistinta, nocturna”<sup>18</sup>. Los



---

<sup>14</sup>Cf. Ani Siro, Martín Broide et al., *Puentes en el viento. Jóvenes, artes, escuela y comunidad*. Buenos Aires: inédito.

<sup>15</sup>Henri Gaudin, «Embrasure», in: *Villa Gillet*, op. cit., p. 22.

<sup>16</sup>Ibid, p. 19.

<sup>17</sup>Para Gilles Clément, un paisaje es «lo que guardamos en la memoria cuando hayamos parado de mirar...». Cf. «Jardins, paysage et génie naturel», Leçon inaugurale prononcée le 1<sup>er</sup> décembre 2011, Collège de France, <https://books.openedition.org/cdf/510>

<sup>18</sup>Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien, 1/ Arts de faire*, Paris, 10/18, 1980, p. 217.

mediadores que he encontrado permiten que aquellos con quienes trabajan salgan de esa totalidad indistinta, de ese “aquí no hay nada”, y se aten un poco a los lugares de su entorno, mirándolos de otra manera.

Leer los textos literarios, pero también escribirlos o, de una manera un poco diferente, mirar ilustraciones, pinturas, películas, bordar, cantar, pintar, esto sirve para interponer entre lo real y el sí mismo un tejido de palabras o de motivos, de conocimientos o de historias, de fantasías, sin las cuales el mundo sería muy inquietante, aún si uno vive en lugares mucho menos hostiles que los barrios en guerra o los espacios sacudidos por las borrascas. Esto permite que le demos a nuestro entorno una densidad simbólica, una profundidad imaginaria, legendaria. Proyectar sobre lo cotidiano un poco de belleza, de fábula. Construirse una cabaña en la jungla. Soñar, pensar y comenzar a ser el narrador de la propia historia.

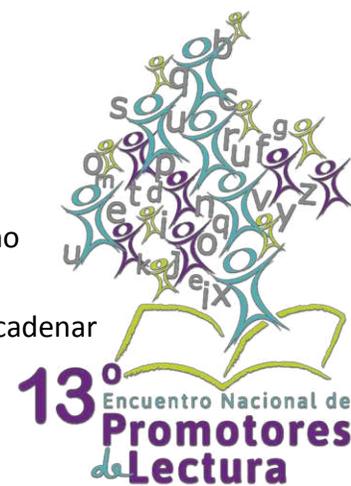
Porque lo que se experimenta simultáneamente en los libros, es también un acorde con el mundo interior cuando dan forma a lo que hasta entonces era inexpresable. Lo mismo que para los jóvenes refugiados que evocaba al principio, quienes se adueñaron con avidez de los poemas indios, porque ponían en forma sus propios sufrimientos.

A lo largo de la vida, de manera discreta o secreta, los lectores escriben su propia geografía y su propia historia entre las líneas leídas. Pienso, por ejemplo, en Paul Auster, quien le dijo un día a su esposa, Siri Hustveld, que la novela de Jane Austen, *Orgullo y prejuicio* —que representa a la sociedad inglesa de principio del siglo XIX—, se desarrollaba para él... en el salón de sus propios padres, cerca de Nueva York. Siri Hustveld notó entonces que ella había hecho lo mismo leyendo una novela de Céline. Y precisó: “Lo que me pareció notable, es que tenía que pensar en ello para constatar lo que había hecho”<sup>19</sup>.

A cualquier edad, ocupamos ilegalmente los textos leídos sin ni siquiera pensar en ello. Buscamos ecos de lo que hemos vivido de manera oscura, indecible, y que a veces se revela, se explicita y se transforma gracias a una historia o una frase. Necesitamos encontrar afuera palabras que expresen, por vías indirectas y bellas, lo que llevamos dentro de nosotros. Para que tramos enteros de lo que hemos vivido no se queden enquistados en zonas muertas de nuestro ser. Para que podamos, al fin, sentirnos menos extranjeros en este mundo.



Desde la primera infancia hasta la vejez, leer sirve para descubrir, gracias a una especie de desciframiento inconsciente, que lo que nos atormenta es igual para todos. Esto sirve para encontrar fuera de sí mismo fantasías que nos permitan poner en escena, con metáforas, lo vivido, en particular los capítulos difíciles de nuestras historias. Esto permite desencadenar tomas súbitas de conciencia de una verdad interior. Pensarla, transformarla. Durante toda la vida, leer desencadena una actividad narrativa de la propia historia entre las líneas leídas. Leer hace “escribir”, así sea en la mente. Las asociaciones, la creatividad, el pensamiento, se desencadenan.



Leer sirve para desentrañar algo de lo vivido, y además para expandir infinitamente los límites de nuestra experiencia, permitiéndonos penetrar en la piel de un hombre si soy mujer, de un pastor de ganado brasileño si vivo en Escandinavia, de un loco si me creo un sabio o de una santa si soy ateo. Y, como escribió Paul Valery, “si cada hombre no pudiera vivir una cantidad de otras vidas además de la suya, no podría vivir la suya”<sup>20</sup>.

### La transmisión oral, viva o en crisis

Durante largo tiempo son las culturas orales, más que las escritas, las que han abierto espacios míticos o legendarios, y permitido interponer entre el mundo y sí mismo todo este tejido de palabras, de conocimientos, de leyendas, de fantasías, que lo tornan habitable. Los adultos solían entonar cantos, rondas, relatos, proverbios, para presentarles el mundo a los niños y a los adolescentes, para que pudieran relacionar su experiencia singular con representaciones culturales, transformar los acontecimientos de sus vidas en algo con un sentido y una belleza para compartir. O, por lo menos, esos adultos evocaban historias, anécdotas, recuerdos personales, en un lenguaje que difería de los intercambios ordinarios. Un lenguaje más narrativo, más cuidadoso, o más poético, más rítmico. Un lenguaje casi cantado.

Tomaré un ejemplo que he citado en distintas oportunidades porque me ha interesado mucho. Lo descubrí gracias a una película documental, *El idioma de Zahra*<sup>21</sup>, realizada por una mujer, Fátima Sissani. Ella partió de observar que la lengua que hablaba su madre no era un mero instrumento de comunicación, sino que tenía muchas otras dimensiones. “Cuando ella nos hablaba, era como un canto”, dicen Fátima y sus hermanas.

---

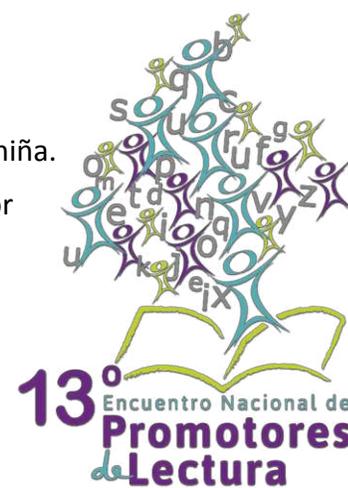
<sup>20</sup>Citado por Olivier Rolin in: *Bric et broc*. Lagrasse: Verdier, 2011, p. 54.

Medellín, 24 y 25 de octubre de 2019  
Parque Biblioteca Beleri, carrera 76 # 18A-19

<sup>21</sup><http://www.editions-harmattan.fr/index.asp?navig=catalogue&obj=video&no=2462>



Fátima dejó su región de Algeria, Cabilia, para viajar a Francia cuando era niña. Hizo esta película porque no soportaba que sus padres fueran tomados por “indígenas sin cultura”<sup>22</sup>: ellos eran depositarios de una civilización milenaria. “En su lengua, son oradores y poetas” —dice—. “En la lengua de la inmigración, son cojos y mano de obra”. Su madre se negó a aprender el francés, porque vivió dolorosamente el exilio impuesto por la pobreza y por su marido. Pero no dejó nunca de hablarles a sus hijos:



“Mi madre nos construyó gracias a la lengua cabilia”, cuenta Fátima. Esta lengua era “una biblioteca viviente que acunó nuestra vida familiar”.

Fátima grabó a su madre en Francia, también en Cabilia, donde la familia pasa a veces los veranos. En la película, vemos a su madre y a sus amigas improvisando poemas colectivos cuando recogen el heno, interpelando a la montaña, a la perdiz, al halcón, a los ancestros. Esos poemas las relacionan con el universo que las circunda, con el mundo natural, con lo sobrenatural. Contemplando el paisaje, una mujer dice: “Esas montañas son nuestra vida, nuestra alma”.

La película muestra también como esta lengua permite transformar las preocupaciones y tristezas en belleza: “Tan pronto algo me preocupa, le encuentro un poema”, dice una joven mujer. “Es una manera de no olvidar lo que has pasado. El poema se convierte en un apoyo. Los que componen son los que sufren. Cuando los recito, me siento mejor. Terminar un poema me llena de dicha”. Así pues, el poema no solo aligera el sufrimiento, sino que “llena de alegría”. Tiene un poder de transfiguración.

Fátima y sus hermanas tuvieron la suerte de que su madre, aun deprimida por el exilio, continuara hablando en esta lengua poética que “era como un canto”. Desafortunadamente, no siempre es el caso. Hoy, en muchas partes, la tradición oral suele estar desarticulada, las referencias simbólicas desorganizadas. En el exilio de un país a otro, de una lengua a otra, pero también de una región a otra, muchas personas no logran dar vida a sus recuerdos. Han olvidado las leyendas que les fueron transmitidas en su infancia, o les parece que estas pertenecen a un pasado que no tiene razón de ser, que casi produce vergüenza, más aún si su cultura es despreciada, ignorada, denigrada. La evocación de la saga familiar no es tampoco cómoda. Esta puede contener capítulos oscuros, vividos como algo traumático. La lucha por la supervivencia, o el trabajo, acapara a menudo el tiempo cotidiano. Y el lenguaje ya no sirve más que para designar lo inmediato y utilitario de los seres y las cosas, o para dar

---

<sup>22</sup>Entrevista con Fatima Sissani, 9 de mayo de 2012. <http://www.berberes.com/culture/3414-le-kabyle-la-langue-de-zahra>

órdenes, pedir, exigir (“haga esto, pásame aquello”).

En este caso, como lo escribí en *Leer el mundo*, a los niños les hará falta una etapa para integrar los diferentes registros de la lengua y apropiarse un día de la cultura escrita: aquella en la que la literatura, oral o escrita, da inicio a edad temprana a un uso de las palabras tan vital como “inútil”, más cercano al canto, a la voz, al cuerpo, a la vida, las emociones, el placer compartido; muy lejos del control y la calificación. Les hará falta, también, esas historias, esas metáforas, que los enlazan con la montaña, el río, la ciudad, los animales, los árboles. Les hará falta todo un tejido de historias, de fantasías, que podrían interponerse sin darse cuenta entre lo real y ellos. No podrán “soñar”, imaginar, la tierra de donde los padres partieron. Y los lugares donde viven ahora tampoco les dirán nada, o les significarán rechazo y humillación si están asignados a territorios relegados, estigmatizados. O peor aún, a campamentos como esos donde hoy viven tantos refugiados con sus hijos.

Todo esto para decir que el desafío no es sólo el destino escolar. Lo que está en juego con esta pérdida de un lenguaje próximo al canto, poético, es, insisto, la posibilidad de vincularnos con el mundo, con lo que nos rodea, incluyendo lo que llamamos naturaleza para encontrar allí un sitio.



### Escuchar a los exiliados

Hoy me parece que subestimar la crisis de la transmisión cultural de buena parte de las familias exiliadas o desplazadas ha sido perjudicial. Los niños se sienten desorientados, extraños en el mundo —tanto en Europa como de este lado del Atlántico, entre indígenas y afrodescendientes que viven al margen de las ciudades.

Con respecto a esto, llegó el momento de dar forma y lugar a todo un patrimonio fuera del de las culturas “dominantes”. Ya es hora de suscitar reencuentros con culturas orales perdidas, de recoger palabras, constituir archivos, conjugar lo oral y lo escrito. Y los promotores de libros, de literatura, de obras de arte, pueden contribuir mucho a ello. Evidentemente, esto requiere todo un arte de hacer, una disponibilidad, una escucha.

Muchos lo hacen ya con delicadeza, desde hace años, tanto aquí como en Francia. Pienso, por ejemplo, en la asociación ACCES (Acciones culturales contra las exclusiones y las segregaciones) de la que Evelio Cabrejo es vicepresidente. Esta pone libros a la disposición de niños muy pequeños, en medios económicamente desfavorecidos.

En ACCES, siempre han sido cuidadosos de no excluir a los padres, sino más bien de involucrarlos, de estar muy atentos a sus reacciones, a sus palabras. Recuerdo a una mediadora que comentaba, a propósito de una mujer que había participado en una actividad llevada a cabo en la guardería de un centro de detención: “De repente, toda su infancia volvió. Se puso a cantar porque reencontró un aspecto de su infancia que había olvidado. Basta con una que tenga ganas de cantar, para que las demás se contagien”<sup>23</sup>. Esta observación me sacudió, porque en Argentina, Brasil o en la misma Colombia, me contaron exactamente los mismos reencuentros con una dimensión musical de la lengua, en unos talleres que les permitieron a las mujeres —a veces a los hombres— reencontrarse con ritmos, cantos o leyendas de sus propias infancias, y con sentimientos de pertenencia a sus paisajes, sus culturas, sus memorias. Ellas pudieron compartirlos y evocar las situaciones felices o dolorosas que vivieron con sus bebés, llegando, poco a poco, a intercambios afectivos y simbólicos más plenos con ellos.



Sí, una lengua más musical, más poética o más narrativa puede reencontrarse. Y, con ella, la posibilidad de armonizarse un poco con el mundo. Actualmente es urgente pensar en estas cuestiones, particularmente con los desplazados o los refugiados y sus familias. Es urgente para no repetir con ellos lo que malogramos en Francia con muchos inmigrantes llegados anteriormente, que tuvieron que enfrentarse a la xenofobia y al confinamiento, pero también, para gran parte de ellos, a una desculturización de la que se habla menos.

Las personas desplazadas, o los exiliados que llegan hoy a Europa, también vienen de países donde una tradición poética, oral y escrita, le hablaba tanto al corazón como a la mente. Equipaba a los niños para que pudieran transfigurar sus miedos y sus penas. Los inscribía en un lugar y en la sucesión de las generaciones, al mismo tiempo que hacía surgir a esos lugares lejanos, mitológicos o fabulosos, que nos son tan necesarios. Esa tradición, ya comprometida por la difusión globalizada de productos estandarizados, también está amenazada por las guerras. Pienso, por ejemplo, en una joven refugiada iraquí en un campamento jordano que decía: “La guerra devuelve a la gente a la edad media. Destruye lo que somos. Los iraquíes adoramos el deporte y la literatura, y la poesía, y la ciencia, y los jardines, todas las cosas buenas. A los iraquíes no nos gustan todos esos asesinatos”<sup>24</sup>.

<sup>23</sup> Citado en el documental realizado por Marie Desmeuzes, *Les livres c'est bon pour tous les bébés*.

<sup>24</sup> «Children of War: Voices of Iraqi Refugees by Deborah Ellis» (Los Niños de la guerra: voces de refugiados iraquíes por Deborah Ellis), *Book Dragon*. <http://smithsonianapa.org/bookdragon/children-of-war-voices-of-iraqi-refugees-by-deborah-ellis/>

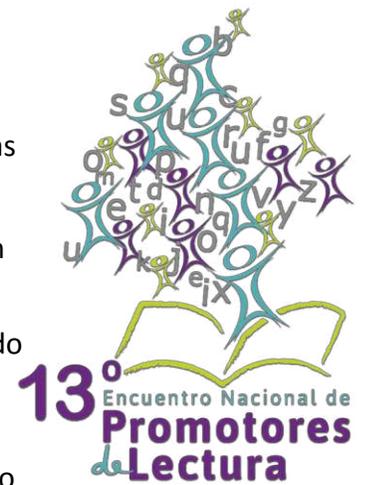
Por ello, es necesario inventar hoy dispositivos para que todas esas culturas, todos esos “jardines” vivan. Multiplicar los lugares en los cuales se pueda intercambiar con los que llegan, en vez de notificarles que tienen que dejar todo en el guardarropas.

Con mayor razón, porque muchas veces los exiliados no han podido ni siquiera llevar con ellos algunos objetos que los relacionarían con los lugares que dejaron. Algunos objetos resistentes al tiempo y al sufrimiento. Por lo menos, muchos de los que llegan a Europa han logrado conservar su teléfono celular. Recuerdo a un joven afgano que tuvo un encuentro con una bibliotecaria, Angelina Delgado: “Me narró su huida por las montañas, acompañando el relato con las fotos de su móvil. Me pregunto cómo se sentiría si perdiera ese tesoro: las fotos de su casa cuando aún estaba en pie, de sus padres, de sus hermanos. La cueva donde durmió esa noche terrible, cuando ya el frío y la oscuridad le hacía imposible avanzar. El rostro del amigo al que no ha vuelto a ver”<sup>25</sup>.

Todos estos paisajes y estos rostros que son lo más profundo de ellos mismos. Anotaré de paso que muy frecuentemente, lo que es retratado con detalle por los exiliados, es un recorrido en el espacio. Una Odisea en la que han enfrentado a muchos monstruos.

En escuelas, bibliotecas y otros lugares, tenemos que crear foros para acoger las palabras de estas personas, donde puedan revivir sus cuentos, sus epopeyas, sus cantos, sus periplos. No para encerrarlos allí, no para confinarlos. Por el contrario, para compartir, aprender del otro, lanzar pasarelas entre universos culturales. Evidentemente no se trata de relegarlos al punto de partida o de glorificar una “mitología de los orígenes”, sino de escuchar a los exiliados para que puedan reencontrar, por lo menos en la imaginación, unos paisajes donde resguardarse como cuando uno se abandona en los brazos del ser amado. Y para que comiencen a mirar de otra manera, con mayor curiosidad, los lugares donde vivirán en adelante.

Se trata de abrir un futuro a sus hijos evitándoles ese desarraigo de “identidad” que se agrega a la miseria económica y los condena al vagabundeo y, a veces, hasta a la violencia. Se trata de habitar juntos un mismo fragmento del mundo. Y, por supuesto, podemos presentarles a los recién llegados “nuestras” culturas, siempre mezcladas, nuestros “patrimonios”, para que ellos se los apropien. Pero esto supone una vez más el arte de hacer, mucha delicadeza para que nuestras culturas no sean asumidas como autoritarias, arrogantes, excluyentes.



<sup>25</sup>Las citas provienen del diario de Angelina, que tuvo la gentileza de transmitirme, o de relatos y comentarios que hizo en Facebook.



## Recomponer una “ensoñación cósmica”

Hay otro tema del que me gustaría hablar. Lo que se pierde durante el exilio es también, con frecuencia, el vínculo con la naturaleza. La cercanía física de un volcán nevado, de un río con sus riberas, de mil formas de existencia animal o vegetal. Así como la fuerza de su presencia en el universo simbólico, en los relatos, los mitos, los cantos. Lo vimos en el ejemplo cabilio de hace un momento, las culturas tradicionales vinculaban a lo que llamamos naturaleza, a la montaña, la perdiz, al halcón, tanto como estas nos vinculaban a los ancestros. Nos anclaban en una cosmología y extendían puentes entre el mundo real y el sobrenatural.

En nuestras sociedades, tan desencantadas, es la razón técnica, utilitaria, comercial, la que domina. Ya no hay un acercamiento poético o mítico con el mundo que nos rodea, que nos permitiría sentirnos parte de este mundo. La pertenencia se reduce poco o mucho a la identidad social, mejor dicho, a la posición social, largamente determinada por el estatus económico, el color de la piel, el género, el barrio donde nos hemos acomodado.

La relación con las cosas es de puro consumismo, incluyendo, en gran medida, a los animales y los paisajes: es una depredación; los aniquilamos, los talamos. Por todas partes, los paisajes han sido devastados por la depredación de las industrias extractivas, por grupos agroalimentarios o por la gran distribución, y por un urbanismo sin alma. La destrucción de los habitantes de la Tierra alcanza proporciones demenciales: 58% de vertebrados han desaparecido en cuarenta años<sup>26</sup>. ¡Cuántos pueblos han perdido sus territorios, sus lenguas, sus culturas, sus ellos mismos! Pienso en Davi Kopenawa, un chamán yanomami, quien decía: “Los blancos destruyen la selva porque no saben soñar.

Si los blancos pudieran, como nosotros, escuchar palabras distintas a las del comercio, sabrían mostrarse generosos y serían menos agresivos con nosotros”<sup>27</sup>. Pienso también en el escritor Jean-Christophe Bailly, quien evoca la “necesidad de un movimiento hacia las cosas, que no sea el del uso o de la ganancia, y del rechazo, sino el del cuidado, de la consideración, el asombro”, “la idea de la atención, de una escucha concienzuda, inquieta”. “Esta escucha y su tensión existían por todas partes en el



---

<sup>26</sup>«Effondrement de 58% des populations de vertébrés en 42 ans», *Sciences et Avenir*, 27/10/2016. [https://www.sciencesetavenir.fr/nature-environnement/effondrement-de-58-des-populations-de-vertébres-en-42-ans\\_107733](https://www.sciencesetavenir.fr/nature-environnement/effondrement-de-58-des-populations-de-vertébres-en-42-ans_107733)

<sup>27</sup>Davi Kopenawa et Bruce Albert, *La Chute du ciel. Paroles d'un chaman yanomami*. Paris: Plon, Terre humaine, 2010. Citado en:

[https://www.lemonde.fr/livres/article/2010/11/11/retour-aux-sources-de-francoise-heritier-et-la-chute-du-ciel-paroles-d-un-chaman-yanomami-de-davi-kopenawa-et-bruce-albert\\_1438455\\_3260.html](https://www.lemonde.fr/livres/article/2010/11/11/retour-aux-sources-de-francoise-heritier-et-la-chute-du-ciel-paroles-d-un-chaman-yanomami-de-davi-kopenawa-et-bruce-albert_1438455_3260.html)

mundo de las tradiciones [...], pero en todas partes también, los hombres de hoy, y esta sería su característica, se han vuelto distraídos, desatentos, impacientes”<sup>28</sup>.

Este sería uno de los desafíos, y no de los menores, con ayuda de la literatura y el arte: cultivar la atención, la escucha, la capacidad de soñar. La mayoría de los niños sueñan todavía, experimentan asombro por las cosas, quieren explorar el mundo, su infinito, sus misterios. Como lo escribe Pierre Péju, el niño “es espontáneamente astrónomo y físico, botánico y mineralogista, coleccionista e investigador. Existe, en el corazón de los niños, una disposición enciclopedista salvaje que es su amor por el mundo”<sup>29</sup>. Esta disposición, hay que sostenerla, pues es el amor por el mundo lo que les dará, más adelante, el deseo de protegerlo, de cuidarlo<sup>30</sup>.

Para los niños, aún más que para nosotros, pertenecer no es solamente formar parte de una familia, por fundamental que esta sea, de su salón en la escuela, de su grupo étnico o social, o de un país. Hay algo más allá. “El niño soñador conoce la ensoñación cósmica, aquella que nos une al mundo”, dice Bachelard<sup>31</sup>. Recuerdo que cuando yo era niña, escribía mi dirección de la siguiente manera: “*Michèle Petit, 57 avenue Victor Hugo (la calle), Vanves (la comuna), Seine (el departamento), Francia, Europa, Universo*”. Así me fusionaba con la inmensidad. Hacía parte.

Tal vez los adultos necesiten, ellos también, más de lo que creen, de esta “ensoñación cósmica” que los fusione con el mundo. Robert Harrison dice que el desarraigo general nos convierte a cada uno de nosotros en una especie de refugiado<sup>32</sup>. Pensemos simplemente en el éxito que tienen actualmente, en gran número de países, los libros dedicados al mar, a los árboles, a los pájaros. “La naturaleza ocupa un lugar creciente en el mundo editorial; crónicas, ensayos, novelas y poesía ofrecen al lector urbano viajes por paisajes lejanos”, anotaba un artículo que apareció recientemente en *La Nación*<sup>33</sup>.

Cuando mencioné que en nuestras sociedades ya no hay contacto poético y mítico con el mundo que nos rodea, no fui precisa. Si así fuera, estaríamos aún más locos de lo que somos. De hecho, por fortuna, hay personas que todavía se encargan de



<sup>28</sup>Jean-Christophe Bailly, *L'Élargissement du poème*. París: Bourgois, 2015, p. 201.

<sup>29</sup>Pierre Péju, *op. cit.*, p. 118.

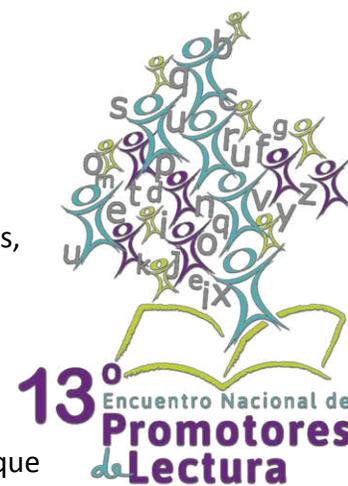
<sup>30</sup>Lo decía Hannah Arendt...

<sup>31</sup>Gaston Bachelard, *La poétique de la rêverie*. París: PUF, 1999, p. 92.

<sup>32</sup>Robert Harrison, *Forêts: essai sur l'imaginaire occidental*. París: Flammarion, 1992, p. 337.

<sup>33</sup> Carolina Esses, «Un territorio vasto en representaciones que se refugia en los libros», en: *La Nación*, 8/7/2018. <https://www.lanacion.com.ar/2150632-un-territorio-vasto-en-representaciones-que-se-refugia-en-los-libros>

trenzar los lazos con aquello que nos rodea, de nombrar y de cantar los lugares, de animarlos gracias a los relatos. Padres o abuelos, aún hoy, reencuentran retazos de sus culturas y les transmiten a los niños los mitos, leyendas o coplas. Cuando escucho a los jóvenes, o a los menos jóvenes, evocando los recuerdos de sus madres, sus padres, sus abuelos que les cantaron, narraron, ritualizaron con gestos cotidianos, me llama la atención el hecho de que muchos mencionan el mundo natural, las estrellas, el mar, el río, aún más, los animales —y no sólo entre aquellos que crecieron en el campo. Y cuentan que sentían un bienestar, una armonía, con todo esto durante esos momentos de transmisión cultural. Entonces vemos, ahí de nuevo, cómo es de importante ayudar a los padres o a los abuelos a reencontrarse con sus riquezas.



Otros se encargan también de trenzar estos vínculos: personas como ustedes. Para ello, buscan lo que han acumulado en sus baúles de tesoros, historias, libros, ilustraciones, películas. Algunos recurren a la astronomía, a la biología, a la botánica, allí donde son poéticas y accesibles. Unos maestros logran así reencantar el mundo y consiguen que el conocimiento regrese a su función de iniciación profunda de la vida. Otros recurren a las maravillas de la literatura juvenil. Pues, lo que muestra la literatura infantil y juvenil de calidad, de ficción o documental, no es la utilidad, sino una calidad de presencia, así se trate de un paisaje, de un animal, de un personaje. Son los detalles. Un universo un tanto animista, preservado de lo utilitario, en el que los animales, las plantas, los objetos, están a menudo dotados de una interioridad, de una singularidad. Un paréntesis encantado que muchos mediadores culturales y padres sienten que deben preservar. Y si la literatura juvenil goza en todas partes de semejante éxito, no es solamente porque piensan que los niños serán más eficientes en la escuela si se familiarizan tempranamente con los libros. Es porque sienten que allí se juega algo vital: la posibilidad de armonizarse, de relacionarse casi musicalmente, al menos de tanto en tanto, con lo que está ahí. Algo muy diferente a adaptarse.

Los mediadores culturales inventan, día tras día, el arte de hacer para que niños y adultos puedan afinar la atención, la escucha, la curiosidad, y trenzar lazos con el mundo natural, cantarlo, con el fin de reencontrar esa parte de la pertenencia que va más allá de los clanes y las barreras.

Del arte de los mediadores, daría justo un ejemplo, el de Mirta Colangelo, una Argentina poeta en todo su quehacer. Durante once años, trabajó con niños y niñas de familias pobres, destrozadas, que estaban reunidos en un Hogar luego de la decisión de un Tribunal. Ella les leyó muchos mitos y poemas, ojeó con ellos numerosos libros de

arte, y alternó sus lecturas con salidas y lecturas de “lenguajes no verbales”:  
“El del tilo, que se lee con los ojos en otoño y con la nariz en primavera.  
El de las violetas, que nos regalan en invierno ramitas para todos. O el de los  
barcos de papel, en los que los chicos escriben buenos deseos y siempre  
echamos a navegar en el cordón de la vereda durante los días de lluvia”<sup>34</sup>. Mirta  
llevaba a los niños a los parques a recoger plumas de loros y de palomas  
para que hicieran *collages* y adornaran los libros de poesía que componían.  
O a la orilla del océano para que lanzaran botellas con sus mensajes para  
encontrar amigos.



En el taller animado por esa mujer, la lectura atenta era atención delicada a los seres, a las cosas, a los lugares que empezaban a ser nombrados, a tomar sentido, a hablar. Con ayuda de palabras, imágenes y gestos, Mirta tejió un espacio, particularmente a partir de los intersticios, ríos, arroyos, playas, jardines. Y en cada uno de esos lugares donde ella llevaba a los niños, se hacía un sitio para unos destinatarios: para los que tal vez recibieran los mensajes, para aquellos que obtendrían plumas de pájaros cuando los libros de los niños fueran presentados en un museo. Con una poética de lo cotidiano, las palabras escritas, al principio tan distantes, se deslizaron a los sitios y a las vidas de estos niños y adolescentes.

A Mirta le gustaba referirse a Paulo Freire, el gran pedagogo brasileño. Él decía que había leído el lenguaje del árbol de mango en las diferentes estaciones, el de las ramas de los árboles, la voz del viento, tantas otras cosas, y esa lectura del mundo le había facilitado el acceso a la lectura de la letra. En Argentina, en Brasil, aquí mismo en Colombia, diversas personas me han dicho que hay que darle valor a las formas de lectura que incluyen el lenguaje de la naturaleza. Ya lo mencioné, muchos de ellos salen y recorren el espacio con los niños, los adolescentes o los adultos a quienes acompañan. Escuchan lo que ellos dicen a propósito de los árboles, los pájaros, los peces. Les dan valor. Y proponen sus propios relatos, sus propias riquezas. Porque la transmisión cultural, es compartir, no es una imposición.

## Hacia una restauración de los paisajes

Antes de concluir, me gustaría decir algunas palabras sobre un tema que es de actualidad: cómo volver de nuevo habitable el “paisajismo de la crueldad” —en palabras

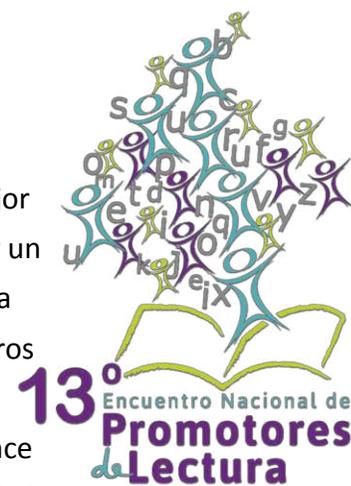
<sup>34</sup>Mirta Colangelo, “En el cielo te leen poesía, en el infierno te la explican”, en: Conferencia durante el VI Congreso Internacional de Lectura, 29a Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, 2003.

de Elkin Rubiano<sup>35</sup>—: los poblados donde han ocurrido masacres, las ciudades bombardeadas, las geografías destrozadas. Ustedes lo saben mejor que yo, no basta con reconstruir materialmente. También hay que realizar un trabajo de reconstrucción simbólica y estética, un trabajo de memoria para darle forma a lo que pasó y poder distanciarse un poco, reencontrando otros recuerdos, más felices, más vitales, una historia más compleja.

Pienso en una amiga, Florence Prudhomme, quien desde hace quince años va a Ruanda, un país que vivió el genocidio en 1994, donde muchos de los

lugares están asociados a recuerdos de masacres aterradoras. Florence creó una casa de barrio para ayudar a viudas y huérfanos muy desprovistos a reconstruirse. Les propuso un acompañamiento terapéutico, también artístico y literario, con el redescubrimiento de una tradición pictórica que muchos ignoraban o habían olvidado y que las mujeres manejan hoy con maestría, hasta el punto en que sus obras fueron expuestas en otros países, consiguiendo con ellas algunos ingresos. Las mujeres mayores recordaron arrullos olvidados y grabaron un CD para compartirlo. Con ayuda de un escritor, muchas mujeres y hombres escribieron los *Cuadernos de la memoria*<sup>36</sup> y los leyeron entre ellos, cada uno apoyándose en el otro para permitir que surgieran sus propios recuerdos, con frecuencia terribles. Estos *Cuadernos*, publicados en francés y próximamente en kinyarwanda, constituyen un testimonio fundamental sobre el genocidio, pero también sobre la vida anterior.

En distintas ocasiones, Florence organizó viajes por el país, y nos cuenta: En el 2013, un viaje de la memoria nos llevó, a las abuelas y a mí, al sur del país. Atravesamos regiones densas en recuerdos y ausencias. Los gritos, los llantos, afloraban. Era allí. No quedaba sino espinas y maleza. Los lugares habían sido devastados, abandonados, destruidos para siempre. Durante el viaje, a pesar de todo, surgieron otros recuerdos: leyendas que contaban sus abuelos, historias enigmáticas, cuentos. La restauración del paisaje se puso en marcha. Los recuerdos felices se mezclaron con el dolor. Los lugares se animaban y se calmaban. La presencia de los desaparecidos era una imagen viva. Los rebaños regresaban a los ojos. También las madrugadas, cuando recogían hierbas que se apiñaban en atados que se balanceaban alegremente por encima de las cabezas de las pequeñas hijas. Las estaciones eran las de las cosechas y de las



---

<sup>35</sup>Elkin Rubiano, “La pedagogía del arte en contextos de conflicto: lo inútil, los intercambios y la empatía”, en: Conferencia pronunciada en el Primer Encuentro Sobre Pedagogía del Arte, Gimnasio Moderno, Bogotá, 26 de septiembre de 2018, <http://esferapublica.org/nfblog/la-pedagogia-del-arte-en-contextos-de-conflicto-lo-inutil-los-intercambios-y-la-empatia/>

<sup>36</sup>Florence Prudhomme (dir.), *Cahiers de mémoire. Kigali, 2014*. París: Classiques Garnier, 2017. Véase también: *Rwanda, l'art de se reconstruire*. París: Ateliers Henry Douglas, 2015.



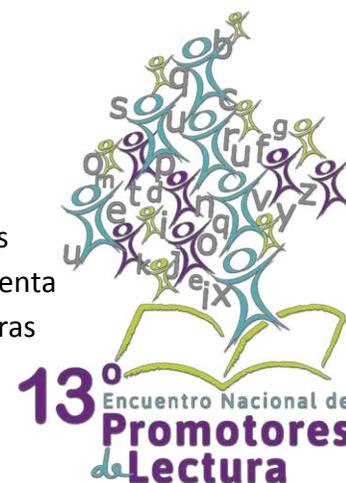
veladas en las que se transmitía la historia de Ruanda<sup>37</sup>.

En este territorio de la “restauración de paisajes”, como en muchos otros, soy yo la que podría aprender de ustedes, pues en Colombia se inventa cada día. Pienso, por ejemplo, en las bordadoras de Mampuján, cuyas obras fueron expuestas en Francia. Me vienen las palabras de Juan Manuel Echavarría: “Las artes permiten ver el horror a través de una mirada indirecta y esta mirada indirecta es lo que no nos petrifica del miedo. Así, podemos reflexionar sobre el horror, analizarlo y sentirlo”<sup>38</sup>.

Sí, el arte y la literatura permiten transfigurar el horror en pensamientos y el peor dolor en belleza. Es por ello que todos deberíamos dedicarnos, bajo una forma u otra. Cuando escuché hablar sobre las bordadoras, lo que me interesó fue descubrir que habían contado sus tragedias, pero también habían actuado a favor de la reconciliación. Luego, incluso, investigaron sobre el pasado de las comunidades afrodescendientes y cuestionaron los estereotipos de género. También me marcó el hecho de que ellas siempre representaron el paisaje de Mampuján en sus bordados, las montañas, el río, los árboles, las casas, los animales. Lo estaban reconstruyendo.

En muchos otros lugares de este país hay programas en curso, pero no sé cuál es el papel que tiene la literatura, oral y escrita. Ignoro si se conjugan la una y la otra y me da mucha curiosidad escucharlos a ustedes dentro de un rato. A partir de un curso que dicto cada año en la Universidad Autónoma de Barcelona, los estudiantes colombianos me muestran a veces los programas. Es así como Ángela Melo me describió: “*Comparte tu rollo*”, desarrollado por el ministerio de Cultura. Ángela me explicó que consiste en generar espacios de diálogo, algunos intergeneracionales, en las bibliotecas “para que las personas compartan sus fotos personales y con ellas sus relatos, a la vez que reconstruyen la memoria de su región”.

Alice Castaño me contó que el Centro de Memoria Histórica recogió cientos de iniciativas de memoria no estatales entre 1974 y 2010, correspondientes a formas de expresión diversas (murales, libros, canciones, obras de teatro, marchas, construcción de monumentos, galerías de memoria, plantones, celebraciones religiosas, etc.). “Todas ellas son resistencias emprendidas en medio del conflicto por individuos, comunidades y organizaciones”. Alice me dijo, por ejemplo, lo que ocurrió en Toribío: “40 muralistas de distintas partes del mundo plasmaron sus obras en las paredes del pueblo (la mayor parte en ruinas). Esta iniciativa se llamó *Minga Muralista de los Pueblos* y se desarrolló



<sup>37</sup> Florence Prudhomme, «L’Atelier de mémoire» in: *Cahiers de mémoire*, op. cit., p. 15.

<https://classiques-garnier.com/cahiers-de-memoire-kigali-2014-l-atelier-de-memoire-en.html?displaymode=full>

<sup>38</sup> Susana Noguera, “Mampuján, hilando memoria y perdón”, *El Espectador*, 8/10/2016.

<https://colombia2020.elespectador.com/territorio/mampujan-hilando-memoria-y-perdon>

bajo el lema *el territorio no es como lo pintan*".

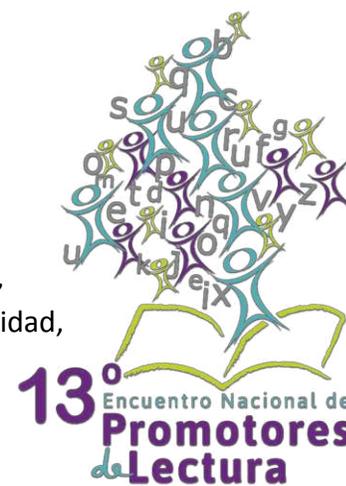
En muchos países heridos, existen tales iniciativas que recuerdan, con las palabras de Hernando Alberto Gómez, bibliotecario de Quimbaya, que "para realizar procesos de recuperación de la memoria con la comunidad, se debe empezar con una sola tarea: escuchar a la gente"<sup>39</sup>. También tendríamos que tomarnos el tiempo para hablar sobre la importancia de esta escucha.

Todas estas iniciativas recuerdan, a la vez, que nosotros somos animales poéticos, animales narrativos. La literatura y el arte son dimensiones que nos son esenciales desde hace decenas de miles de años. Ustedes lo saben, los humanos crearon obras de arte, y probablemente narraron historias, mucho antes de inventar el dinero, o aún la agricultura.

"Hay flores que ordenan el universo", escribe Ricardo Yáñez. Hay palabras, frases, imágenes, que ordenan el universo y transforman lo que nos rodea, como nuestro mundo interior, en paisajes habitables. Espero que lo hayan sentido a través de algunos hilos que he tirado. Hay otros muchos que ustedes podrán ahora evocar.

Muchas gracias a cada uno de ustedes por darles a los niños y a los adultos una mayor oportunidad de apropiarse de la cultura escrita sin la cual es tan difícil, hoy, hacer un camino y defender los derechos. También, y esto es algo muy precioso, por correr los límites que suelen encerrar a estas personas, para que vivan aventuras sensibles que les permitan darle otra mirada a lo que los rodea y a ellos mismos.

Y muchas gracias por haberme escuchado.



---

<sup>39</sup> Citado en: Biblioteca Nacional de Colombia, "Cómo participar en Comparte tu rollo", <http://comparteturolo.gov.co/como-participar-en-comparte-tu-rollo/>  
Medellín, 24 y 25 de octubre de 2019  
Parque Biblioteca Belén, carrera 76 # 18A-19

**“Los talleres literarios: un camino hacia la escritura”,  
a cargo de Reinaldo Spitaletta.**



**Relator:  
Santiago Ospina Restrepo**

La experiencia inició con la presentación del invitado por parte del moderador y promotor de lectura Nelson Fredy Pérez Galeano, quien hizo un breve repaso por el perfil académico y laboral del invitado. Reinaldo Spitaletta se graduó como comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia, egresó de la maestría de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, fue presidente del Centro de Historia de Bello; es docente-investigador de la Universidad Pontificia Bolivariana. Así mismo, es columnista del periódico *El Espectador*, director de la revista *Huellas de Ciudad* y coproductor del programa “Medellín Anverso y Reverso”, de Radio Bolivariana.

El profesor Reinaldo Spitaletta comenzó su intervención remontándose a los orígenes de los talleres literarios en la ciudad de Medellín. Sostuvo que, la mirada hacia los talleres literarios tenían un tono burlesco pues en el contexto intelectual de la época se sostenía la premisa de: “los escritores no se hacen, nacen”; frente a esto propuso hacer el símil con el ingeniero, el científico o el futbolista, quienes pueden traer unas particularidades incorporadas, aun así será necesario que en el transcurso de su existencia vayan mejorando. Con lo anterior recalca que el escritor no solamente tiene que nacer con unas facultades o particularidades especiales como escribir o la habilidad manual;

también éste debe pulir y fortalecer su escritura; dentro de ese contexto es que se integran los talleres literarios.

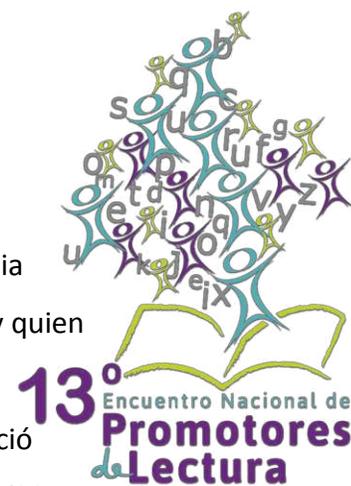
En su recorrido por los orígenes de los talleres literarios en Colombia recuerda a Isaac Peña, quien era colaborador del periódico *El Espectador* y quien inició con el concepto de talleres literarios en Bogotá. En Medellín desde la Biblioteca Pública Piloto el escritor antioqueño Manuel Mejía Vallejo inició un proceso de manera juiciosa todo los miércoles a las 4.00 p.m., con un público de distintas edades.

El invitado enfatizó en ese rol clave de Manuel Mejía Vallejo dentro de estos talleres literarios; destacó su capacidad con la palabra hablada y con la palabra escrita, a su vez invitaba a leer las grandes obras de la literatura, pues el escritor debía formarse a partir de libros tan importantes como *La Ilíada* de Homero o *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes. Planteaba que el 99% era talento y el 1% trabajo, ejercicio e inspiración.

Quien se formaba en los talleres literarios estructuraba su oficio de escritor a través del saber leer y aprender a leer para enfrentarse a la escritura y enfrentarse a la tarea de leer a otros. Lo anterior, planteaba Reinaldo Spitaletta, es meterse en el mundo de la creación, en el mundo de la literatura, en el mundo de la escritura.

Recordó, además, el trabajó que hicieron en Medellín escritores tan importantes como Mario Escobar Velásquez, quien inició talleres literarios en la Universidad de Antioquia, y Jaime Jaramillo Escobar con el taller de poesía de la Biblioteca Pública Piloto. Para el invitado la literatura no surge de la nada, ni es un maná; la literatura no es una improvisación. La literatura es una constante progresión, una constante práctica, por tanto un taller no es una improvisación donde se habla de cualquier acontecimiento. La literatura se alimenta de una estructura, un diálogo nutrido, una ruta programática.

El expositor, ilustra a partir del taller literario que tiene a cargo en la Casa de la Lectura Infantil, con su metodología enfocada en el Seminario Alemán. Allí todos son profesores y todos son alumnos, en cada sesión se hacen protocolos donde se



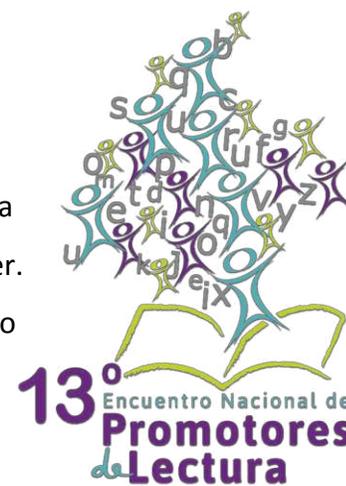
contextualiza lo conversado. Cada año los libros leídos hacen referencia a un momento histórico y aluden a temas como: la primera y segunda guerra mundial, la guerra civil española o se establece por países los autores a leer.

Según Reinaldo, quienes trabajan bajo la metodología del Seminario Alemán lo asumen como si fuesen a aprender para enseñar, como si fuesen los profesores. El espacio literario está más enfocado a la lectura que a la producción de documentos y conceptos.

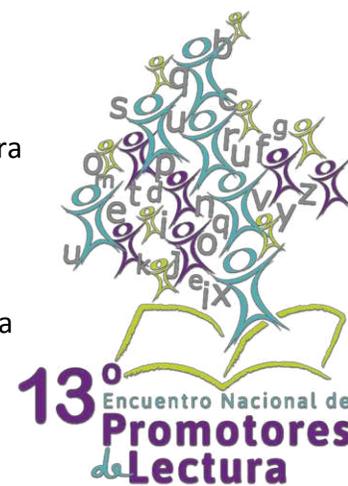
Uno de los asistentes a la charla manifestó su inquietud por otras metodologías que fortalezcan el proceso de formación en un escritor. Ante esa pregunta el profesor Reinaldo reconoció las múltiples metodologías existentes. Sin embargo, consideraba oportuno y necesario que en cualquier taller literario se conservara una estructura que permita detectar en la literatura situaciones que estén más allá de la apariencia, de la superficie; sugiere tratar este tema en comparación con la música, donde quien es crítico desarrolla una apreciación musical, se pregunta por el compás, el ritmo, la melodía, la armonía, por el pentagrama, las notas, entre otros. Por tanto, bajo cualquier metodología se debe potenciar la apreciación y cultura literaria, evitar nociones sin fundamento que impulsan teorías dogmáticas, donde la crítica es anulada.

Otro asistente a la charla preguntaba sobre la rigurosidad en el análisis literario de los talleres, cuál debería ser su punto de complejidad. Reinaldo sostuvo que el taller literario debe evitar caer en asuntos tan puntales como la hipálage o la sinécdoque, en las grandes figuras literarias. Son las facultades de literatura las que están invitadas a fragmentar, desnudar o hacerle una radiografía a estos textos y sus autores. Por el contrario, los talleres deben ser el lugar para desarrollar una lectura creativa, que produzca conceptos, lecturas que obliguen a pensar al lector.

En muchas ocasiones la relectura puede ser una ruta que empodera el espacio literario y sea mucho más concreta cuando se intenta comprender la obra. El anterior comentario lo respaldó uno de los asistentes, quien expresa que una de las premisas de



Jorge Luis Borges consistía en sugerirle al lector que mientras no entendiera alguna obra en la primera lectura –como a veces le ocurría a él- hiciera un ejercicio de leer y releer la obra. A propósito, Reinaldo cita una revista literaria titulada *Leer y releer*, y expresa que en la segunda y tercera lectura se produce una navegación insospechada por la historia que el escritor ha diseñado. Ese momento de la lectura da una enorme dimensión de la arquitectura del cuento o de la novela.

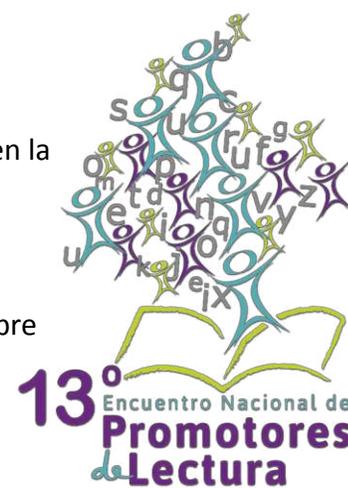


En esta parte de la conversación el expositor citó a Mario Escobar y a Manuel Mejía Vallejo para poner en términos prácticos la funcionalidad de un taller literario. Argumenta el invitado que, evitando caer en formalismos sirve para ahorrar muchos detalles de carpintería en un escritor. Mario Escobar señalaba que aquella persona que en un año participara de algún taller literario se ahorraría errores que a lo mejor tardaría años en detectarlos. Alguien del público asistente intervino solicitando ampliar la idea de carpintería; el invitado fragmenta el concepto en la planeación, el planteamiento de un tema, la preparación del mismo y dominar los temas. Para profundizar este asunto cita a Ernest Hemingway con el libro *El viejo y el mar*, donde Santiago su protagonista lleva más de ochenta días sin pescar. El asunto en esta analogía es la formación de Hemingway para construir una historia tan laureada; advierte Reinaldo que fue su labor como periodista, los reportajes y su conocimiento sobre la pesca lo que permitió a Hemingway formarse en relación a ese tema; a través de las crónicas pulió su carácter como escritor. En términos naturales la carpintería es saber manejar el serrucho, saber martillar, saber atornillar y que en relación al manejo de estas herramientas, haya el menor error posible.

La anterior reflexión despertó, dentro de los asistentes, la inquietud de saber si es la carpintería la que define el estilo o el oficio. Reinaldo se inclina por el segundo concepto, afirmando que el estilo es algo existencial, algo endógeno, inherente al escritor, al ser humano. El oficio, entonces, es ese camino artesanal, manual que el escritor adhiere a su vida, formando un carácter para construir su proyecto literario.



Se le preguntaba a Reinaldo Spitaletta sobre la lectura en voz alta en la estructura de sus talleres. Él manifiesta su escaso trabajo con ese ejercicio de lectura, sin dejar de reconocer las bondades que representa para los lectores leer en voz alta. Desde su experiencia personal compartió el nombre de algunos de los libros que ha leído en voz alta, como *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes, *Los miserables* de Víctor Hugo, *El Don apacible* de Mijaíl Shólojov; otros autores leídos son muy musicales como Cortázar, Borges y Manuel Mujica Lainez, por lo que leerlos en voz alta es sentir la prosa rítmica, musical y sonora.



Reinaldo finalizó su intervención respondiendo una pregunta que tuvo que ver con la selección de los materiales a leer. Frente a la propuesta bibliográfica, explica que es el mediador quien debe establecer qué leer, además debe proponer una metodología clara y una argumentación sustentada sobre la escogencia de dicho material o materiales de lectura.

El invitado para culminar su charla propuso realizar un ejercicio de relato corto, le explicó al auditorio que en este tipo de relato el escritor debe condensar su historia para hallar la forma y de manera breve transmitir sensaciones, acontecimientos y momentos bien narrados.



## “El oficio de escribir”, a cargo de Marcela Guiral.



**Relatoras:**  
**Bibiana Álvarez Ruiz y Julieth Taborda Oquendo**

Marcela Guiral propuso la idea principal desde el momento inicial: aprender a escribir, escribiendo... Para ello la invitada planteó tres ejercicios de escritura creativa a partir de diversos *detonantes*: palabras imaginarias, diccionario personal y definición de la palabra *abandono*, desde la historia personal de cada una de las personas que se encontraban en el Salón.

Después de presentar la propuesta de trabajo, la escritora dividió su taller en tres momentos que partieron de tres ejercicios de escritura: *palabras imaginarias*, *diccionario personal*, y *definición de la palabra “abandono”*. A partir de estos, introdujo reflexiones personales en torno a su experiencia de escritura y cómo ésta se reconfigura en la constancia y en acudir a la historia personal para encontrar los *detonantes de escritura*, los cuales se constituyen en una estrategia eficaz para guiar los procesos de escritura con grupos y estudiantes que se tengan a cargo.

El primer ejercicio tuvo que ver con la definición de *palabras imaginarias*, la primera era *Atarfagala* definida por varios asistentes como: “adj. Persona atragantada con una fruta de la algarroba” o *Caleotopo* palabra inventada por otro asistente del taller. Un ejercicio también llamó mucho la atención: *La A por...* como excusa para contar una pequeña historia o recuerdo que comenzara con esa letra del abecedario; estas fueron sus

estrategias para que los asistentes acudieran a su propia voz para escribir.

Durante la conversación las referencias de libros provocadores para acercarse a la propia voz iban apareciendo, junto con el relato de escritura de Marcela, quien tomó como principal recurso su experiencia lectora, la cual no se desliga del oficio de escribir.

De esta manera, contó que con *De las palabras: crónicas y ensayos*, libro escrito a varias voces, buscó por medio de diversas palabras -felicidad, paz, libertad, duelo- entrañar en el significado más profundo de las mismas y escribir diversas crónicas que subyacían de este ejercicio; así mismo, plasmar las historias que muchas personas acunaban, resignificando y devolviéndoles el sentido a palabras que pueden ubicarse en lugares comunes y que entretejen otras realidades.

Marcela Guiral fue insistente en el hecho de que esculcar, hurgar en la propia historia involucra no solo un proceso minucioso de contar, sino de recordar y alivianar aquello que nos habita por medio de la escritura. De esta forma –afirma Marcela- la escritura es una suerte de catarsis y de ejercicio íntimo para la propia vida. Sus libros son muestra de esto: al hablar de *Se resfriaron los sapos*, libro ganador del premio Barco de Papel en 2015 y de su más reciente novela que se encuentra en proceso de escritura “A mediodía llovían pájaros”, afirmaba que no son más que el resultado de volver a su memoria, a los recuerdos particulares de sus vivencias, para darles voz por medio de la literatura.



### Consideraciones finales:

- La invitada enfatiza en que escribir es un ejercicio de todos los días, para hacerlo, la disciplina y constancia son vitales.
- El oficio de escribir es un hábito, que se cultiva todos los días, escribiendo.
- No hay buenas ni malas experiencias, hay experiencias. Así que, escribir



ahora, siempre, permite escuchar, hurgar en nuestros propios recuerdos y alivianar el dolor.

- Escribir no siempre es para que alguien te lea, muchas veces la escritura es íntima, para hacer catarsis de la propia vida.
- Conectar los recuerdos, aquello que te pertenece, y transformarlo en literatura. De esta manera, tocar temas que parecen *prohibidos* (muerte, suicidio, abandono, entre otros).



**“Gestión de iniciativas en promoción de la lectura”,  
a cargo de Velia Vidal Romero.**



**Relatores:**

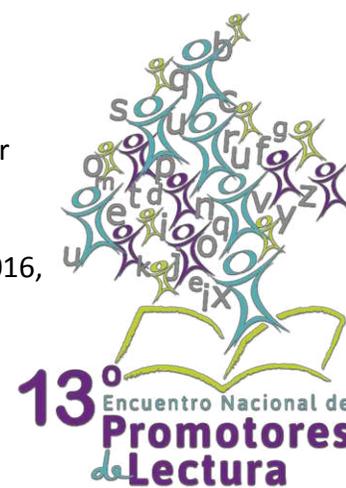
**Julián Pérez Quintero y Luis Carlos Velásquez Correa**

Velia Vidal Romero es gestora cultural, promotora de lectura y directora de la Corporación Educativa y Cultural Motete. En el 2018 promovió la primera Fiesta de la Lectura y la Escritura de Chocó (FLECHO) que se realizó entre el 14 y el 18 de marzo. La fiesta fue una iniciativa civil del departamento con mayor analfabetismo del país.

La expositora comenzó su intervención con la lectura en voz alta de un fragmento del texto “Dime qué lees y te diré quién eres”; este fue el discurso que pronunció Federico García Lorca en la inauguración de la biblioteca de su pueblo natal, Fuente Vaqueros (Granada) en septiembre de 1931 y es un lindo y sentido homenaje al libro, al lector y a la biblioteca. Velia narró que la iniciativa de crear la corporación partió del deseo de promover el libro.

En cuanto al nombre de la corporación contextualiza el origen de la palabra motete; primero explica que hace alusión a una composición musical de origen francés, y luego aclara que en el Pacífico colombiano el motete hace referencia a un canasto. Fue así como un día cualquiera cogió un motete lleno de libros y comenzó a leer en voz alta en diversos lugares de Quibdó.

Después de vivir en ciudades como Cali y Medellín, decidió retornar al Chocó. Allí comenzó a idear lo que sería este gran proyecto: dar de leer, leer con los niños, maestros y padres de familia. Fue así como en el año 2016, junto con su esposo, le dieron vida a “Motete, contenidos que tejen”, un espacio para promover la lectura, la escritura y las diversas manifestaciones culturales.



En un segundo momento del encuentro, Velia propuso un ejercicio a todos los asistentes: cada uno en una hoja dibujó un autorretrato, para ello puso a circular un espejo y realizó las siguientes preguntas: ¿Cómo somos? ¿Cómo nos vemos? ¿Qué rasgos nos identifican? Se partió de la idea según la cual a veces se olvida la forma que tienen nuestros rostros y nuestros gestos; la intención es reconocernos como seres únicos. A la par que los asistentes se dibujaron, la expositora narró un cuento de tradición oral africana: “La madre loca”.

En una tercera parte de este salón de experiencias, Velia compartió lo que hacen en la Corporación Educativa y Cultural Motete. Comenzó expresando que en el Chocó, año tras año, se crean muchas empresas, el 60% de estas son fundaciones, organizaciones de cooperación internacional con propuestas muy asistencialistas. Ella no quería brindar solo esto, por lo que empezaron a trabajar para el desarrollo del pensamiento crítico y autónomo, y para ello tienen como base el arte y la lectura.

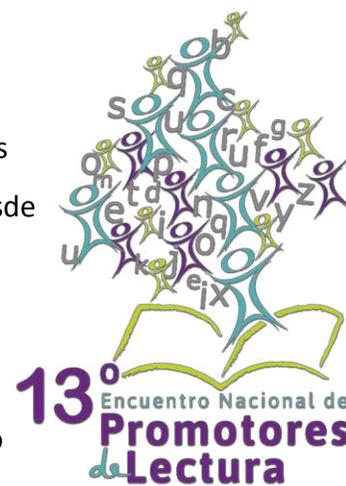
Motete tiene tres focos de intervención con la comunidad, con los que se quiere llegar a muchos barrios de Quibdó.

1. Lectura.
2. Casa cultural.
3. Gastronomía.

En el foco de lectura, toda la línea estratégica se llama Selva de letras. Tienen clubes de lectura en barrios como El Futuro, El Paraíso, en la casa (sede principal).

Otro de los programas es “LeEscuela”, este se trabaja directamente con los maestros y la idea principal es que ellos promuevan la lectura dentro y desde el aula.

También como estrategia se tuvo en el 2018 el evento del libro FLECHO (Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó) cuyo eslogan fue “Leer la selva”, y se realizó entre el 14 y el 18 de marzo de 2018. Durante el evento se llevó a cabo un encuentro de clubes de lectura. En el 2019 se realizará la segunda versión y el tema central será: “Somos agua”.



El segundo foco de intervención es de la casa cultural Motete; en ésta hay actividades todo el tiempo, la agenda es abierta. Entre sus servicios se encuentran:

- Préstamo de libros.
- En Quibdó alquilar un salón o espacio es muy costoso; Motete ofrece este servicio de manera gratuita para que la comunidad lo disfrute para sus encuentros, talleres, cursos o actividades académicas.
- Venta de productos comestibles y bebidas calientes.

La casa se ha convertido en un referente cultural para una ciudad que tiene poca oferta en este sentido.

Finalmente, Gastronomía. Se venden algunos productos de la región.

Frente al tema de los clubes de lectura, Velia explica que estos se ejecutan de acuerdo a cuatro ciclos.

Ciclo 1: acercamiento al libro como objeto, la idea es que los textos hagan parte de la cotidianidad. Con los niños se trabaja especialmente el libro álbum.

Ciclo 2: poesía como expresión del yo. En este ciclo se trabajan temas como: mis miedos, mis sueños, mis emociones, mis secretos, mi cuerpo.

Ciclo 3: el teatro: relación yo-tú. Aquí se realiza un trabajo para el desarrollo de habilidades comunicativas y se realiza un acercamiento a los diversos géneros literarios; se busca un reconocimiento de cada ser. Dentro de estos ciclos se pretende generar entre los asistentes un pensamiento crítico; para esto es fundamental la pregunta, a partir de allí se hacen análisis y se procede a sacar conclusiones.



En otro momento del encuentro, y después de que Velia contextualizara y compartiera todo el trabajo que se realiza desde la Corporación Motete, se retomó el ejercicio propuesto al inicio sobre la elaboración del autorretrato. Velia compartió una serie de libros para que cada uno, desde la lectura de imágenes, debía buscar si encontraban a alguien que se les pareciera desde lo físico. Muy pocas personas se reconocieron en la imagen. Velia narra que eso mismo sucede con los niños y jóvenes en Quibdó; la mayoría no se ven representados, ni reflejados; por lo contrario, se sienten excluidos, lejanos a esas historias y a sus protagonistas. Es así como se propone desde la lectura que valoren sus raíces, lo que son, sus historias.

**“Otras lecturas: el cuerpo como territorio y diversidad”,  
a cargo de William Estrada Cano.**



**Relator:  
Joan Andrés Guzmán**

El profesor William Estrada inició la experiencia con la pregunta ¿qué es el cuerpo en la sociedad del Estado Neoliberal del cual hacemos parte? Y, posterior a ello, pidió que cada uno de los participantes plasmara sobre una tarjeta su respuesta y la dispusiera alrededor de elementos totémicos (plumas de aves y algunas ramas secas) que instaló de manera ceremoniosa en el centro del salón. Algunas de las respuestas que surgieron fueron: consumidor–consumo, objeto, engranaje, moda, apariencia, cosa, \$ (signo pesos), entre algunas otras.

El profesor William narró una anécdota cuando él había realizado la misma pregunta a jóvenes entre los 15 y 17 años, y una chica le respondió que, en nuestro contexto, el cuerpo es “una basura”. Tomando como referencia la respuesta de la joven, aunada a las obtenidas por el grupo, planteó otra pregunta: ¿qué está sucediendo en nuestra cultura que algunos chicos y muchos de nosotros tenemos una concepción “cosificada” del cuerpo?

De dicha pregunta, apuntaba William Estrada, se desprenden varios peligros que se acentúan sobre el cuerpo: el primero, son las relaciones frenéticas entre el consumo y el consumidor (el cuerpo como producto que se consume). Y, el más nefasto que el primero,

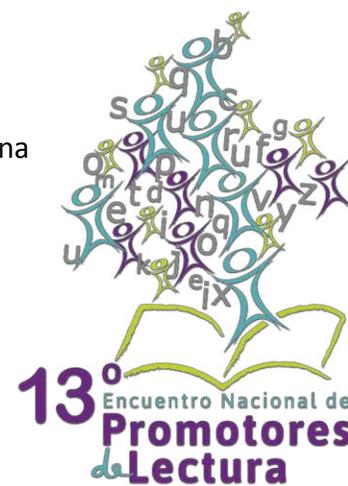
es el cuerpo que se consume a sí mismo. El cuerpo que se concibe como una cosa, es -en otras palabras- susceptible de ser mercancía. Lo anterior fue planteado por el expositor como asuntos a tratar y a desarrollar a lo largo de la experiencia.

El cuerpo en su gramática posee múltiples lenguajes que nos permiten leernos y ser leídos, pero también leer a los otros. Leernos en clave del consumo es una de las formas más cotidianas de hacerlo; también está la lectura del cuerpo en clave de la guerra, de poder, de los sesgos culturales, en clave de contradicciones, que hacen que entremos en tensión con la forma en como nombramos al cuerpo.

¿Cuántas maneras existen de nombrar la palabra “mujer” según la lectura que hacemos del cuerpo? En nuestro contexto, aparecen palabras que en el uso diario podemos hallarles relaciones con connotaciones de consumo, de sesgo cultural y de poder: “hembra”, por ejemplo, es una de ellas; y, si la lectura que hacemos del cuerpo no se direcciona hacia los ideales de lo femenino, entonces aparecen otras formas peyorativas de nombrar a la mujer.

El profesor William planteaba la pregunta, ¿cómo hacer pedagogía del cuerpo en la sociedad Neoliberal? En respuesta, leyó de manera paulatina un documento de su autoría, donde entre renglones y párrafos iba comentando la lectura. A continuación, se esbozan algunas de sus reflexiones:

El lector, ese cuerpo, esa mente, modifica, versiona y pone en movimiento la multiplicidad que es el “cuerpo libro”. La dinámica bajo la cual se produce el lector, es la dinámica que reproducen intensamente los cuerpos que lee, en pequeños fragmentos atravesados por el espíritu de los otros y de sí, alojados en el territorio de su propio cuerpo.



En la globalización el cuerpo es alienado por la cultura, por la mediación de la transculturalidad y la interculturalidad, al permitir que los otros entren y rechacemos lo que somos. Aquí se presenta una suerte de colonización del cuerpo. También se puede presentar una actitud descolonizadora, cuando se permite la entrada de los otros sin abandonar lo que somos. De la mano de la colonización y la descolonización vienen la inclusión y la exclusión, y, con esta última, se presentan las sociedades clasistas, racistas, homofóbicas, fanáticas, fundamentalistas y misóginas, impulsadas por una cultura que nos plantea el modelo del cuerpo para consumir y consumirse a sí mismo.

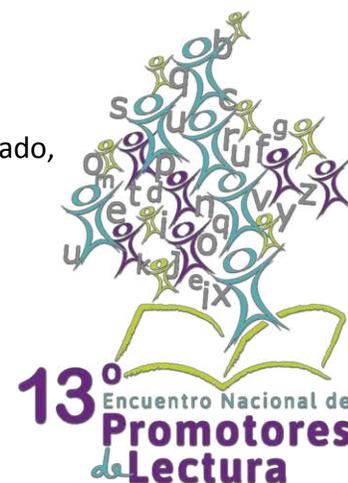


Hay fuentes como el arte, la literatura, la música, entre otras, desde las cuales se puede dar cuenta de las diferentes lecturas que se hacen del cuerpo, donde se amplía la mirada cotidiana, al ser foco profundo de reflexión; y el cuerpo, en su acepción de diversidad, sin tejer exclusión alguna, se exalta en colores, formas, ritmos, músicas, designaciones y representaciones que se enarbolan como manifestaciones gramaticales, sin dejar a un lado la problemática de la cosificación alrededor del cuerpo.

¿Qué existe en nosotros que pueda conducir la concepción que tenemos del cuerpo hacia una consciencia emancipadora?

Ir más allá del lenguaje para construir un nuevo tejido con el que se pueda plantear una nueva lectura del cuerpo, por fuera del concepto del cuerpo-mercado, bajo unas líneas de resistencia, es una invitación y una propuesta bondadosa consigo mismo y con la comunidad. En el encuentro del sujeto que somos se da una pugna y un devenir permanente donde surgen transformaciones en un juego de dialécticas que cambian la estructura del pensar, donde salen a la luz y a contender los entes de un sistema capitalista poblado de imágenes y paisajes a los que se debe conducir el cuerpo, donde se hace necesaria la asepsia para que predomine hacia afuera en una sociedad rodeada de fango, donde el cuerpo dominado, violentado, consumido, clasificado, controlado,

insultado, irrespetado, violado, transgredido, invisibilizado, instrumentalizado, robotizado, mutilado, manchado, vigilado, fraccionado, aprisionado, malogrado, cosificado, intervenido, contaminado, cuantificado, castigado, transformado, enajenado, enfermado, tiranizado, comprado, censurado y sexualizado, no puede escapar del dolor que produce la lectura que hacemos de nuestro cuerpo al no alcanzar el modelo impuesto.



Al concluir la lectura que derivó en las meditaciones anteriores, William Estrada presentó a través de una transición de imágenes, al cuerpo como un territorio que está en permanente disputa entre el Estado-mercado y la sabiduría ancestral, poniendo en paralelo intervenciones realizadas por tribus aborígenes sobre sus cuerpos, traídas de lo trascendental, de generación en generación desde una génesis milenaria, con las modificaciones que hoy en día se practican de manera extrema sobre el cuerpo que se consume y altera a sí mismo para encontrar una identidad, habitar un círculo esnobista o residir en los límites del placer y el dolor.

Presentó, además, el “cuerpo sin fronteras”, donde el cuerpo, prisionero de prácticas adoptadas para ser aceptado, rayando en extremos que se encaminan a lo mórbido y lo grotesco, devienen en cuerpos enfermos no solo física, sino mental y espiritualmente, al querer suprimir el cuerpo mismo.

Y, como momento especial para sanar aquello que el cuerpo en un contexto Neoliberal ha sufrido, William propuso un ritual que invitaba a volver a tejer las relaciones con el origen y lo sagrado, con la Madre Tierra, para “ser lo que eres” en el “ser siendo” y “formar al ser-haciéndose”, en aras de “cultivar la vida reconociéndonos en la naturaleza”. Para tal fin, se danzó y se cantó con el ánimo de generar consciencia descolonizadora del cuerpo desde lo ancestral. El canto que se entonó rezaba así:

Tierra mi cuerpo,  
agua mi sangre,  
aire mi aliento,  
fuego mi espíritu.

El espiral hacia el centro,  
al centro del corazón,  
soy el tejido, soy el tejedor,  
soy el sueño y el soñador,  
oh oh, oh oh, oh oh, oh oh.



## “Bibliotecarios para la paz”, experiencia compartida por Gloria Estella Nupán.



**Relator:**  
**César Augusto Bermúdez Torres**

Durante los dos días de conversación en el Encuentro Nacional de Promotores de Lectura, la bibliotecaria Gloria Estella Nupán compartió la experiencia de trabajo que desde hace tiempos adelanta visibilizando a las bibliotecas como un escenario para la paz. Desde el año 1993 Gloria Estella había empezado su trabajo como bibliotecaria en La Hormiga Putumayo, labor que la hizo merecedora en 2014 al Primer Premio Bibliotecas Públicas, en reconocimiento a lo desarrollado desde la Biblioteca Luis Carlos Galán. Su trabajo como bibliotecaria, sus recorridos -sean estos en moto o a pie-, han permitido que muchos libros y lecturas lleguen a las veredas más lejanas del Valle de Guamuéz. Por donde pasa la bibliotecaria se generan diálogos y conversaciones a partir de los libros e historias compartidas.

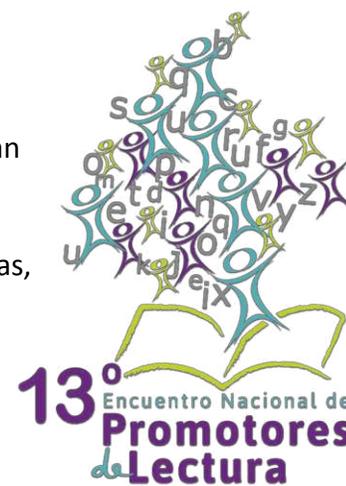
Así mismo, Gloria Estella Nupán, desde su experiencia de trabajo en la Biblioteca Luis Carlos Galán, en Valle del Guamuéz - Putumayo, ha desarrollado diversas actividades con gran vigencia como el cine foro, el trabajo con la fotografía y la memoria, el programa de radio, el programa letras libres (libros en tu barrio y tu vereda), la lectura en voz alta, el biblioajedrez, la revista *Katharsis*, entre otras. Todas las anteriores han sido propuestas que durante años han contado con el apoyo de las Juntas de Acción Comunal, los

docentes, el Grupo de Amigos de la Biblioteca y los usuarios que frecuentan la Biblioteca en Valle del Guamuéz.

Año tras año, fueron llegando las articulaciones con otras bibliotecas, el trabajo en red, los espacios de formación en temas concernientes a la animación y la promoción de la lectura. Hoy la Biblioteca Luis Carlos Galán y su bibliotecaria Gloria Estella Nupán, se han convertido en unos referentes obligados en el Valle del Guamuéz. Gloria Estella, siempre que tiene la oportunidad de hablar sobre esta experiencia de trabajo, resalta cómo se fueron articulando a este lugar los “amigos de la biblioteca”, que para efectos concretos son aquellas personas de la comunidad que se encargan de una gran cantidad de cosas... Mantienen limpia la biblioteca, prestan servicio de auxiliares, realizan acciones de animación a la lectura; apoyan en el diseño de algunas programaciones. Por ejemplo, “hacen los guiones del programa de radio ‘El Hormiguero’, que también requiere no solo investigación sino escribirlos para ser representados en el estudio de la emisora comunitaria; y si hay que pintar, pintan; y si tienen que salir a las veredas, salen [...]. Son amigos en el verdadero sentido de la palabra” (Valencia, 2018).

Gloria Estella está convencida de que la única forma de terminar con la indiferencia y el odio de las personas, es a través de la cultura y de los libros. Además, recientemente tuvo el reto de coordinar una Biblioteca móvil en La Carmelita, municipio de Puerto Asís. Una vez concluido el proceso de paz, se comenzó a hablar que muy cerca del Valle del Guamuéz, habría una zona de concentración. Es decir, habría un campamento donde los guerrilleros dejarían las armas y, a la vez, comenzarían su aprendizaje y retorno a la vida civil.

La noticia se confirmó y la mencionada zona de concentración veredal, donde estarían los guerrilleros, se instaló en la vereda La Carmelita, en Puerto Asís, a solo dos horas de La Hormiga. Allí también contarían con una biblioteca móvil que prestaría sus servicios tanto a los habitantes de la vereda como a los habitantes del campamento.



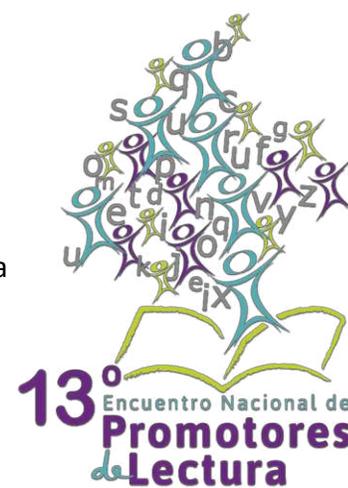
La bibliotecaria Gloria Estella Nupán estuvo a cargo de la Biblioteca Pública Móvil de la vereda durante los primeros cuatro meses.

Gloria Estella Nupán relata que cuando iba a ir a la nueva Biblioteca Pública Móvil La Carmelita (BPM) ella empacó “paciencia, solidaridad, respeto, tranquilidad, dedicación, capacidad de asombro, escucha y admiración por la vida”. También puso una alta dosis de energía de cada uno de los integrantes del Grupo de Amigos de la Biblioteca, quienes siempre la han acompañado en su oficio como bibliotecaria (Nupán, 2017).

La Biblioteca Pública Móvil es un proyecto del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia, financiado por la Fundación Bill & Melinda Gates, que es desarrollado en asocio con la ONG francesa “Bibliotecas sin fronteras”. El propósito de esta iniciativa es “llevar los servicios bibliotecarios a zonas rurales y de difícil acceso del país, como parte de la implementación del Acuerdo Final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera” (Nupán, 2017).

En trabajo bibliotecario adelantado por Gloria Estella Nupán ha sido arduo. El Putumayo y, sobre todo, el Valle de Guamuéz, han estado sumergidos en complejas situaciones de violencia durante las últimas décadas. Precisamente, el Valle del Guamuéz es uno de los municipios más grandes del departamento de Putumayo y los habitantes de sus tres cabeceras, El Tigre, El Placer y La Hormiga, y sus 80 veredas, se habían acostumbrado a vivir en un silencio, producto del contexto de violencia. Revivir el año 1999, entre el 9 de enero y el 21 de mayo, es traer a la memoria noticias sobre tres masacres, muchas personas asesinadas, violaciones a mujeres, numerosas viviendas incineradas y decenas de familias desplazadas (Urrego, 2017).

Desde 2004 la bibliotecaria ha trabajado para romper con ese silencio, y ha invitado a los pobladores del Guamuéz a participar de distintos proyectos. Especialmente, los invitó a escribir y a desahogarse. Les propuso una catarsis: “Botar, arrojar, vomitar todo lo que tenían adentro” (Urrego, 2017). Desde ese año se publica *Katharsis*, una



revista de circulación impresa, en donde los habitantes del Putumayo pueden comunicarse, escribir y desahogarse.

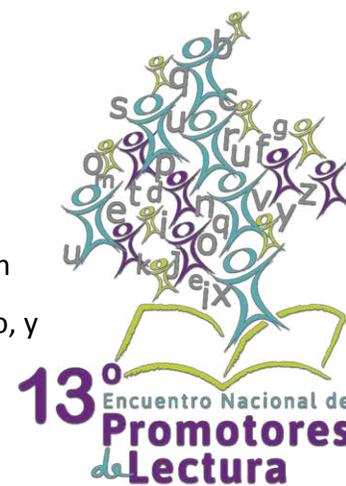
Entre muchas otras acciones la bibliotecaria había logrado poner en el referente colectivo a una biblioteca como sitio de reunión, de encuentro, y como punto de relacionamiento entre muchos de los habitantes del pueblo.

En muchas comunidades la propuesta bibliotecaria ha ido llenando muchos de los vacíos que tienen los territorios, ante la falta de oportunidades. Así mismo, ante la ausencia de lugares para el esparcimiento, la interacción y el aprendizaje, la biblioteca se constituye en un gran punto de encuentro.

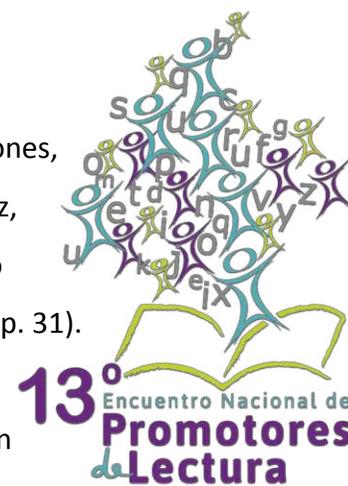
Junto con ello, la Biblioteca cumple un papel determinante en el propósito de ser un punto de encuentro para escolarizados, para niños y jóvenes, y también para los adultos; en definitiva la biblioteca pública es el lugar para todos los públicos. Independiente del territorio, es mucho lo que puede aportar una biblioteca, como institución social, a las comunidades en tanto son espacios para la socialización y para propiciar el aprendizaje permanente de las comunidades.

### **Una reflexión sobre las Bibliotecas como escenarios para la construcción de la paz:**

En los últimos años muchas bibliotecas del país se han ido constituyendo en verdaderos escenarios para la paz, en la medida que se les ha intencionado de manera más clara como un espacio para el encuentro y el reconocimiento del otro. Así mismo, han ido apareciendo con mayor fuerza temáticas prioritarias del campo de la promoción de la lectura, desde la mirada sociocultural, que son incluidas como componentes determinantes en varios planes de desarrollo locales, que tienen un mayor énfasis y profundidad en ciudades como Medellín y Bogotá, lo cual no impiden ver otras valiosas experiencias enfocadas en el cumplimiento del mismo propósito: hacer de la biblioteca el punto de encuentro y reconocimiento de la diversidad.



La investigadora Silvia Castrillón, en una de sus recientes publicaciones, plantea que las bibliotecas podrían asociarse al proyecto nacional de la paz, dado que constituyen una institución que debe entenderse “como espacio público para la construcción colectiva de la democracia” (Castrillón, 2017, p. 31).



Las bibliotecas deben asumirse ellas mismas como instituciones con funciones políticas y educativas, además de las culturales que siempre se les ha asignado (Castrillón, 2017, p. 32).

Al respecto, y sobre el tema que se viene desarrollando en la presente relatoría, Gloria Estella Nupán reflexionaba sobre lo que ha significado su experiencia de trabajo en La Carmelita:

“Esta biblioteca se convirtió en el espacio de encuentro, de diálogo, de refugio y escape para toda la población que logró involucrarse. Ser testigo de este proceso es una experiencia muy gratificante para mí. Me permitió mirar cómo, a través de la lectura de un libro en voz alta, la población interactuaba o en ciertas ocasiones, quienes estaban enojados por diferentes motivos, la lectura y el diálogo los llevó a olvidar esa dificultad y terminaban dialogando de temas que beneficiaban a la comunidad” (Nupán, 2017, p. 107).

Para finalizar, se debe insistir en el papel de la Biblioteca como ese punto de encuentro, como el espacio que contribuye a la transformación del ser humano y de las sociedades. La lectura y la escritura son condiciones, entre otras, necesarias en la sociedad actual para la construcción de una ciudadanía crítica con capacidad de discernir, con posibilidades de disentir, de pensar y de transformar su futuro (Castrillón, 2017, p. 28). La biblioteca como institución social, que además contempla un rol político, podría asumirse desde las siguientes premisas:

- Es desde la biblioteca que el ser humano vuelve a los orígenes: al lenguaje, a la palabra, que es propiedad de la comunidad. Por tanto, la restitución de la palabra como bien público, debería ser en parte una de las funciones prioritarias de la biblioteca (Castrillón, 2017, p. 30).

- La biblioteca permite la apertura, el debate, la discusión, la pluralidad de opiniones, el acceso a la información.
- La biblioteca debería ser entendida como un espacio de formación permanente, que esté abierto y dirigido a todos los públicos.



A propósito, la educación permanente debería ser la apuesta de las bibliotecas públicas, de manera que como instituciones sociales:

“[...] se constituyan en espacios para un necesario encuentro de culturas, para la expresión y la creación, espacios públicos educadores que permitan el diálogo, el debate, la formación de opiniones conscientes; la confrontación de ideas y el intercambio de saberes; en donde se dé lugar al encuentro entre ciudadanos con diferentes intereses, diferentes culturas, diferentes estratos, diferentes edades” (Castrillón, 2017, p. 37).

En síntesis, se necesitan con urgencia espacios en los cuales se refleje una verdadera democracia. Se requiere posicionar a “la biblioteca como una institución formadora, como espacio para la educación permanente” (Castrillón, 2017, p. 38). Se debe tener presente que “la función educativa la realiza la biblioteca cuando programa de manera coherente e integrada sus actividades para el largo plazo alrededor de una meta común, el desarrollo personal y colectivo de las comunidades” (Castrillón, 2017, p. 36).

Finalmente, a propósito de la palabra que, como se anotaba anteriormente, es propiedad de las comunidades, vale recordar que una de las formas menos visibles de violencia es la que se ejerce en distintos lugares del país contra la palabra. Silvia Castrillón al respecto deja abierta la siguiente invitación, la cual retomo para concluir el foco de la presente relatoría: valorar a las bibliotecas como escenarios para la construcción de la paz:

“La restitución de la palabra es una tarea inaplazable en un proyecto que tenga como objeto la consolidación de la paz. Y si se considera la palabra como el centro de la actividad bibliotecaria, corresponde en buena medida a la biblioteca realizar esta restitución” (Castrillón, 2017, p. 32).



## Bibliografía:

Castrillón, Silvia (2017). “Hacer paz es hacer democracia: las bibliotecas como espacios para el diálogo”, en: *Bibliotecas como escenarios de paz*. Bogotá: Ministerio de Cultura / Biblioteca Nacional de Colombia. Red Nacional de Bibliotecas Públicas, 2017, pp. 25-40.

Nupán, Gloria Estella (2017). “Mi caminar por la Biblioteca Pública La Carmelita”, en: *Katharsis*, No. 9. Valle del Guamuéz (Putumayo): pp. 105-107.

Urrego, Rodrigo (2017). “La Katharsis de La Hormiga: así busca un pueblo superar su pasado”, en: *Semana*. En línea:  
<<https://www.semana.com/nacion/articulo/proceso-de-paz-la-mujer-que-con-libros-busca-la-reconciliacion-con-las-farc/516256>>

Valencia, Cristian (2018). “Crónica: una bibliotecaria en el Putumayo”, en: *Arcadia*. En línea: <<https://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural---revista-arcadia/articulo/lecturas-en-las-regiones-alejadas-de-colombia-putumayo/68930>>

Los invitamos a disfrutar del...

## 13° Encuentro Nacional de Promotores de Lectura: Expedición entre tiempos.

Medellín: Parque Biblioteca Belén, 24 y 25 de octubre de 2019.  
Comfenalco Antioquia / Alcaldía de Medellín.



### Programación

Jueves 24 de octubre

Horario	Actividad	Invitados	Lugar
De 7:30 a.m. a 9:30 a.m.	Acreditación		Hall teatro
8:30 a.m. a 9:00 a.m. REFRIGERIO Y VISITA EXPERIENCIAS LOCALES Y NACIONALES			Espejo de agua
De 9:00 a.m. a 9:30 a.m.	Acto de instalación Instituciones organizadoras		
De 9:30 a.m. a 10:00 a.m.	Presentación Homenaje al Coloquio de Literatura Infantil y Juvenil de 1993	Gloria María Rodríguez Santamaría (COL)	Teatro
De 10:00 a.m. a 12:00 m.	Ponencia Inaugural Cuentos de hadas, reales y necesarios como los lobos.	Marina Colasanti Sant'anna (ITA-BRA)	Teatro
12:00 m. a 2:00 p.m. ALMUERZO LIBRE			
Mesas de conversación			
De 2:00 p.m. a 3:00 p.m.	Mesa 1. El hogar y su papel en el acompañamiento de prácticas de lectura, escritura y oralidad.	John Fitzgerald Torres (COL), Lupe Ricalza Arteaga Serrano (CUB), María Del Sol Peralta (COL), Modera: Santiago Ospina Restrepo (COL)	Teatro
De 3:00 p.m. a 4:15 p.m.	Mesa 2. La Escuela y su compromiso en la creación de prácticas de lectura, escritura y oralidad.	Juan Carlos Caballero Sepúlveda (COL), Francisco Delgado Santos (COL), Yuli Andrea Rubio Cruz (COL), Modera: Julieth Taboriza Oquendo (COL)	Teatro
4:15 p.m. a 4:45 p.m. REFRIGERIO Y VISITA EXPERIENCIAS LOCALES Y NACIONALES			Espejo de agua
De 4:45 p.m. a 5:30 p.m.	Lanzamiento y entrega del libro del Observatorio de Lectura de Medellín.	Guillermo Cardona (COL), Anamaría Bedoya (COL)	Teatro

Jueves 25 de octubre

Horario	Actividad	Invitados	Lugar
De 8:30 a.m. a 9:30 a.m.	Ponencia Consideraciones de un dinosaurio.	Antonio Orlando Rodríguez (CU)	Teatro
9:30 a.m. a 10:00 a.m. REFRIGERIO			Espejo de agua
De 10:00 a.m. a 11:00 a.m.	Mesa 3. El libro infantil ayer y hoy. Distintas formas de acceder a sus contenidos.	Manuel Peña (CL), Sergio Andradecá (CU), Gregorio Herrera Zapata (COL), Modera: Diego Ruiz Gómez (COL)	Teatro
De 11:00 a.m. a 12:00 m.	Mesa 4. Acciones de promoción de lectura: vigencia o transitoriedad.	Alexander Camello (COL), Yamir Ocampo (CO), Gabry Valdez Cenedo (BO), Modera: Santiago Velásquez Yepes (CO)	Teatro
12:00 m. a 2:00 p.m. ALMUERZO LIBRE			
De 2:00 p.m. a 3:00 p.m.	Mesa 5. De medios análogos a comunicación transmedia: la promoción del derecho a leer, escribir y debatir.	Franuel Harán Díaz (VE), Susana Plenié Ircovich (AR), Modera: Harold Salinas (COL)	Teatro
De 3:00 p.m. a 4:00 p.m.	Panel de cierre. "La promoción de la lectura en Medellín: algo en broma muy en serio", ¿ruptura o continuidad?	Dider Avareñ (COL), Luis Bernardo Yepes (COL), Modera: Natalia Duque (COL)	Teatro
De 4:00 p.m. a 4:15 p.m.	Palabras de conclusión y cierre del evento.	Ledy Johana Galvis (COL)	Teatro

Medellín, 24 y 25 de octubre de 2019  
Parque Biblioteca Belén, carrera 76 # 18A-19

CONVENIO:

